

XXIV^{TO} CERTAMEN
LITERARIO

Poesía, Cuento, Ensayo y Teatro Breve



Antología del XXIV^{to} Certamen Literario

Poesía, Cuento, Ensayo y Teatro Breve

Universidad Politécnica de Puerto Rico

San Juan, 8 de mayo de 2019

©Todos los derechos reservados

ÍNDICE

- Dedicatoria. p.3
 Carta abierta, p.4
 Agradecimientos, p.5
 El arte del cartel, p.6
 Invitación al XXV^{to} Certamen Literario, p.7

POESÍA

- El cielo feroz, de Doris Irizarry, p.8
 Eco de una existencia, de Miguel Ángel Zayas, p.10
 Viaje a mis contornos, de Miguel Ángel Zayas, p.11
 El Último Hábito de Otoño, Zugeily Torres Díaz, p.12
 Hija de las estrellas, de Amanda Rivera, p.14
 Profundo, de Wilmarie Ramos Rodríguez, p.15
 Amor oculto, de Alejandro García, p.16
 Lo fácil que es acostumbrarse, de Agnes A. Sastre Rivera, p.17
 Desidealizado, de Luis D. Alfaro Pérez, p. 19
 A mis amigos deprimidos, de Luis D. Alfaro Pérez, p.20
 Quien quiera que seas, de Lorela Escribano Ramos, p.22

CUENTO

- El rostro de Santo, de Isabel Zorrilla, p.24
 Michelle va a Francia, de Doris Irizarry, p.26
 Me veré otra vez, de Adriana C. Matías Toro, p.28
 Rojo, Rojo, de Rafael A. Álvarez, p.34
 Apelando a la sensibilidad, de Bianca Cuevas, p.36
 Mi dedo es, Luis D. Alfaro Pérez, p.41
 Un día más, Lorela Escribano, p.47
 Jornada matutina, Keyra Liz Correa Angulo, p.50

TEATRO BREVE

- La sed de las cenizas, de Susie Medina-Jirau, p.55
 Naqeli, de Zugeily Torres Díaz, p.62
 El viaje, de Pedro Juan Ávila Justiniano, p.69
 Nota aclaratoria sobre los derechos de autor, p.74

A todos los que se lanzan al exigente arte de escribir.

“Haz como el árbol seco, reverdece
o como el germen enterrado, late”

-José De Diego, *En la brecha*

CARTA ABIERTA

Estimado(a) lector(a):

Nos place presentarle esta Antología para la XXIVta Edición del Certamen Literario de Poesía, Cuento, Ensayo y Teatro Breve de la Universidad Politécnica de Puerto Rico.

Cuando este Certamen se concebía, una imagen de un árbol medio seco, medio verde vino a nuestra mente como posible emblema de esta edición, ya que los árboles grandes del patio delantero de la Politécnica se hallaban en condición similar después del embate de María. En la búsqueda del artista que le diera concreción a la idea, llega el talentosísimo, Javier Febres, a través de la co-codinadora, la Dra. Brenda Ortiz Nevárez. Para Javier nuestras más expresivas gracias por el hermoso arte de este Certamen.

Les deseamos a todos una entrañable lectura y les exhortamos a apoyar toda creación que mediante el artificio lingüístico produzca belleza, conmoción y reflexión.

Cordialmente,

Iris Miranda
Coordinadora

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los colegas que han aportado con su ayuda: profesores, secretarias, directores; y, muy en especial, a los escritores y profesores de otras universidades que fungieron como jurados de esta edición: Lynette M. Pérez Villanueva, Mary Ely Marrero, José E. Santos, Emilio Del Carril, Elidio La Torre Lagares y Wanda Ramos.

A los participantes, gracias por el apoyo brindado, sobre todo a los que participaron en el género añadido para esta edición: teatro breve. Esperemos que esta Antología del árbol sea de su agrado y sigan cultivando el exigente arte de escribir.

El arte del cartel, de Javier Feres



JF Artista Gráfico es un estudio de diseño creativo localizado en San Juan, Puerto Rico. Javier Febres, su propietario, cuenta con más de 18 años de experiencia y un bachillerato en Diseño Gráfico Digital. Trabaja de manera directa con clientes de diferentes mercados, pequeñas, medianas y grandes empresas de forma independiente (Freelance). Se especializa en diseño gráfico comercial, desde la creación de logotipos hasta el desarrollo de la imagen corporativa. Para diseñar y desarrollar los conceptos se apoya fundamentalmente en Adobe Photoshop, Adobe Illustrator y Adobe InDesign. Ofrece un trabajo personalizado, de calidad, simple y creativo, teniendo siempre como objetivo la satisfacción de sus clientes.

Información de Contacto: Javier Febres, Diseñador Gráfico Profesional, Teléfono: 787-402-3370

Website: www.jfartistagrafico.com,

Email: jf@javierfebres.com

Facebook: www.facebook.com/jfartistagrafico

Twitter: <http://twitter.com/#!/JFPuertoRico>

Linked In: <http://www.linkedin.com/company/jf-javier-febres-artista-grafico>

**INVITACIÓN AL XXV^{TO} CERTAMEN LITERARIO DE POESÍA, CUENTO,
ENSAYO Y TEATRO BREVE**

Ya serán 25 certámenes literarios y queremos contar con una amplia participación. Así que, hemos quitado la cláusula que excluye a los participantes que han ganado primeros premios en el pasado.

Ahora puede participar todo el archipiélago y residentes legales del mismo, así como puertorriqueños de todas partes que escriban en español, porque queremos celebrar esta tradición cultural puertorriqueña con todos ustedes.

Los esperamos.



PRIMER LUGAR POESÍA COMUNIDAD

El cielo feroz, de Doris Irizarry

un disparo
llega como un fantasma,

un manto espeso de terciopelo
derrama la mortaja escarlata
desde su sien derecha,

permanece inmóvil,
forma un abstracto
sobre el asiento trasero del Chevrolet 1953

es el desahucio de la ternura

no toca a la puerta,
la derriba de un soplo
y el lobo del cuento para dormir
me arroja con la capa inmóvil del insomnio

me arranca los te quiero,
los tira en el saco yermo del nunca más,
apretuja en mi canasta
cirios para tres días
y me lanza a la orfandad

así, como si nada

los abrazos que eran para mí
se los ha tragado el cielo,

ese cielo azul, diáfano y engañoso
esa *comarcalejana*,
vientre hambriento,
a donde van a parar
las preguntas sin respuesta

y mis manos de niña asustada
que se empeñan
en el tibio arrullo de las suyas,
fragan a rabiar, el filo,
con el que desgarraré algún día,
de un soplo,
como un disparo,
como si nada,
la andorga insaciable del firmamento

entonces, allá,
sí, allá mismo,
a donde van a parar
las preguntas sin respuesta,
en un trance de estrellas robadas,
cercenaré la piel de azul feroz,
me arroparé con la esencia de mi padre,
me pondré sus besos otra vez en las mejillas
y escaparé

SEGUNDO LUGAR POESIA COMUNIDAD

Eco de una existencia

Miguel Ángel Zayas

La tierra completa otro giro
ante un indiferente sol.
Me cuestiono el valor de mi presencia
en este espacio que ocupo.
¿Quién soy?
Si hubiera retenido las ilusiones
que dejé escapar por atrapar otras
¿me habría hecho mejor persona o peor ser humano?
¿Acaso sería el mismo?
Mi cuerpo y mi intelecto
se burlan entre sí, discutiendo sus capacidades.
Mis manos y labios se envidian
sus experiencias y memorias.
Cargo en mi bolsillo derecho
todo el tiempo que gasté;
el izquierdo permanece vacío.
¿Qué soy en este rincón del universo?
¿Una mera repetición de un eco eterno
o una melodía con su propia fecha de caducidad?

TERCER LUGAR POESIA COMUNIDAD

Viaje a mis contornos

Miguel Ángel Zayas

Viajo sobre la palabra correcta
conociendo todo lo que soy
y lo que dejé de ser.
No tienta a mi mirada
el precipicio a mitad del camino
ni me seduce el cotilleo de
la acrofobia en mi intelecto.
Mi andar es contradictorio y concorde
lúcido y torpe...
a veces me siento a la deriva
por usar la bondad como artilugio.
Me acerca, el tiempo, al extremo de la pared
¿Qué me detiene? ¿Será este el muro final?
Sobre lo encalado, la escritura se devela
no veo venir magos, caldeos ni adivinos
¿Dónde aún existo, dónde ya morí?
Cinco décadas después
la verdad aún está encriptada.

MENCIÓN POESÍA COMUNIDAD

El Último Hábito de Otoño:

Zugeily Torres Díaz

Suspiro liso, leve y ligero del alma,
arrullas en tus brazos la libertad.
El viento otoñal sopla con remota calma,
en un contacto suave y audaz que desalma,
atrapando en ese silencio ancestral la excepcionalidad.

Los árboles caducos ya no brillan como antes,
el suspiro de un fuego colorido entre amantes,
envuelve la pasión de tonalidades indomables.
Las amalgamas ocres esconden apasionamientos incontrolables,
en donde los cuerpos son esclavos de nociones alucinantes.

Los girasoles danzan al compás del sol,
y las dalias iluminan las sombras del amor.
Ilusiones rotas entre los cristales de un farol,
en donde se detienen las memorias de un anhelante clamor,
arden con los recuerdos y golpean las reminiscencias sin control.

Segunda primavera del ayer,
coloridas travesías que alumbran los senderos,
caminos ocultos de crepúsculos aventureros.
Frenesí de enamorados en cada amanecer,
delirios, vehemencias y deseos que empuñan devociones de aceros.

Atardeceres teñidos en hechizos boreales,
en un baile legendario de pasadas temporadas florales.
Las hojas se desvanecen en un vacío incierto,
huellas y trazos de marcas imborrables,
voluntades heridas de un corazón desierto.

Páramo baldío de sentimientos extintos,
tierras lejanas exterminadas por el dolor,
sabor amargo de decepciones que atrapan los instintos.
Entre ramas y frondas se impregnó ese fabuloso olor,
perfume glorioso de corolas añejas de un albor.

Un instante de sinfonías portentosas,
coplas perfectas de voces sopranos,
melodías y acordes que entrelazaron nuestras manos.
Dóciles capullos de expresiones armoniosas,
sonatas delicadas de sedosas prosas.

Brisas atrapadas en cúmulos de evocaciones,
torbellinos de palpitaciones y latidos ausentes,
pulsaciones adormecidas que delimitan las emociones.
Un universo sin el esplendor de las estrellas y las constelaciones,
los destellos del último hálito de otoño entre mundos divergentes.

PRIMER LUGAR POESIA ESTUDIANTES UPPR

Hija de las estrellas

Amanda Rivera

Eres la luz que no puedo alcanzar,
el calor que no puedo sentir,
el brillo que se desvaneció a simple vista
sin un solo aviso, solo un vacío indescriptible queda.
Es un quebranto melancólico que arropa mi ser,
me pierdo en imágenes y caminos confusos.
No logro detener el alma que a cada atisbo de tu amor
de locura se llena.
Cada susurro de miel, cada mirada se desvanece,
el tiempo corrompe los recuerdos y
me insiste en la impermanencia de la sutil alegría del encuentro.
Miedo, solo el miedo anuncia su llegada,
le cuestiono, le grito, le maldigo.
¿Qué haces? Disfrutas la agonía del viajero, del amante.
Te deleitas en mi mal peregrinar. Por qué me agobias,
me quitas mis fuerzas, mis ansias de amar.
Luces nocturnas irrumpen mi reclamo, infiltran recuerdos, pasados,
sombras.
Es ahí, donde la mirada a la distancia le hace paso al encuentro
Escucho pasos gráciles, bailando en el claro oscuro de la niebla.
Me invade el nerviosismo de volver a sentir la intensidad de cuerpos
cercanos.
Me siento vivo, estoy lleno de presente, de momentos, de espacios, de vida.
La luz penetra en la profundidad del espacio-tiempo
Te miro, me sofocan los pensamientos que invaden mi mente.
Y tus palabras, esas palabras que resuenan estridentemente en un
corazón
maltrecho: Hoy no, soy hija de las estrellas.

SEGUNDO LUGAR POESIA ESTUDIANTES UPPR

Profundo

Wilmarie Ramos Rodríguez

Bajo la luz de la luna,
En medio de la soledad del bosque,
Perdida y tratando de ver
Quien soy en verdad.
Olvidando los dragones y hadas
Con sus torres y magia,
Olvidando a este mundo que nos humilla
Y nos hace soltar lágrimas.
Olvidar para ver si puedo ser libre
Al final
¿Lograré la paz?
¿Me podré encontrar?
¿Me encontraré y sabré quién soy?
¿A dónde voy?
Lo veo imposible porque...
Porque le temo a todo, incluso olvidar.
Por esa razón
Me conformaré con mirar
El hermoso brillo de la luna
Que entra por mi ventana,
Con imaginarme perdiéndome en la soledad del bosque...
Imaginar e imaginar porque es a lo que estoy destinada...
Aunque imaginar también
Me aterra, porque la imaginación
Es el mar más profundo
Que nos hace perder de la realidad.

TERCER LUGAR POESIA ESTUDIANTES UPPR

Amor oculto

Alejandro García

Mi amor oculto,
se consume en lo oscuro
mis ojos ven por ti,
mi amor nunca se va a extinguir
contra el mundo voy a resistir,
porque sin ti no puedo vivir
voy a protegerte,
haría lo que fuera para poder verte
si supieras cuánto te quiero,
supieras que tú eres mi anhelo
de tan solo verla me enamora,
y la espera me devora
eres mi universo,
eres el centro de mis pensamientos
el tiempo es testigo,
de la manera en que te admiro
tanta belleza,
es parte de tu naturaleza
la espera me desespera,
por tener tu corazón de seda.

PRIMER LUGAR POESIA OTRAS UNIVERSIDADES

Lo fácil que es acostumbrarse

Agnes A. Sastre Rivera

i.

Amarrarse a lo fugaz
es enterrar las uñas en el vacío
atarse a un par de ojos negros
que no dicen nada
y juras que gritan tu nombre

Amarrarse a lo fugaz
es dar sin esperar nada a cambio
sabiendo que nunca recibirás nada
y darlo todo.

ii.

Imagina que haces
una fila por 50 años
para entrar a una caja de cartón
encontrarte con un papel
que contiene los mismos perros
con diferentes collares.
Los mismos que empezaron tu condena de 50 años de espera
para tachar una 'x' al lado del hijo
del padre que te obligó a
Esperar en una fila con brazos cansados
Y con la mente confundida
dentro de la dosis de esperanza
Que confía que todo se va a arreglar

La esperanza se convierte en demencia, y la demencia te encarcela en un
ciclo
en donde nunca se hace nada diferente.

iii.

Yo me aprendí el *Padre Nuestro*
 sin saber el peso que llevaba
 cada palabra que salía de mis dientes las decía porque me prometieron
 que mientras más rezara mejor estaría mi papá.
 Así que rece 100 veces al día
 hasta que se me secó la boca
 nada cambió
 así que rezaba más hasta que cambiaba las palabras sin darme cuenta
 me quedaba dormida
 y no me importaba.
 Recé tanto que se me salieron los dientes y aún susurraba
 esperando que entre balbuceos
 Dios me entendiera
 que ya no podía esperar más
 y cuando le preguntaba a los demás por qué Dios no me escuchaba
 me dijeron que las cosas vienen a su tiempo
 que yo debía entender que todo pasa según su voluntad.

iv.

Nunca entendí porque fue voluntad de Dios que perdiera mi casa dentro
 de un fuego bendito
 y por qué fue mi cruz llevar todas las cruces de mi familia.

v.

Hubo una vez en que abrazaba la esperanza
 así como quien extiende los brazos y se ofrece al viento
 parecido al salto de fe que hacen las personas que sacan un día para ir a
 Arecibo y tirarse
 ciegamente de un avión
 con toda la confianza del mundo que el paracaídas abrirá
 hubo una vez en que abracé a la esperanza.
 Así, como sin pensarlo.

vi.

Todavía rezo el padre nuestro cuando tengo miedo
 hay rutinas que nunca mueren
 aunque ahora cambio las palabras a propósito.

SEGUNDO LUGAR POESIA OTRAS UNIVERSIDADES

Desidealizado

Luis D. Alfaro Pérez

Una pestilencia
de rosas recién cortadas
cubre mi caja acojinada,
la que guarda mis riñones bañados
en cloro, en botox, y en sal del mar
marginado.

Moñas de cannabis flotan
como flores de loto trastornadas,
sobre el Río del Guajataca menguante,
ocultando los golpes de mi concha,
y el lecho morado de mi conciencia.

Nadaron al fondo,
y rayaron con uñas mugrosas, tornasoles,
larguísimas, y cuadrícudondas,
mi cara de látex inverosímil,
mis piernas de cabellos sirenescos,
mi cuerpo inpecaminable
de perdición.

Reposo entre los cuerpos inconscientes,
que flotan encima del plástico inflado,
y sienten a los látigos solares
cocer sus cachetes vírgenes,
con hilos marrones.

TERCER LUGAR POESIA OTRAS UNIVERSIDADES

A mis amigos deprimidos

Luis D. Alfaro Pérez

Ustedes,
quienes lanzan losetas a la diana
que cuelga del cuello de aquel encapuchado
extravagantemente ordenado,

se empolvan las caras con agüita de pestañas,
se pintan los labios con delineador tajado escarlata,
y se marcan los ojos con humores sinsentidos de la amiga maldad.

Pintando sus caras,
como payaso desquiciado,
dibujo sobre sus labios agrietados y resecos,
una mueca sonriente, cínica.

Esas carcajadas que retumban contra las paredes del cuarto de mami,
vacían mis pupilas, y explotan mis pulmones,
dejándome en búsqueda de un aliento catalizador,
que me regrese a la monotonía inexorable.

Y se van, sin regreso oportuno.
Y se van, sin conocer todo del todo.
Y se van, tejiéndome cuentos de hadas.

Si pudiera prestarles un ojo rosado al día,
quizá pudiera sanar más
de lo que estas palabras logran remediar
en un momento,
en la barra,
en el restaurante,
en el barrio,

en la fiesta,
en la llamada,
en la calle,
y en mí.

No importa cuán lejos se vayan,
mis amigos desdichados,
mis amigas de mala muerte,
los olvidados, condenados,

Los absuelvo del pecado original.
Sin saber cuando vuelvan,
o cuáles perversiones me arrastren
por los talones gastados
de tanto andar titubeando.
Siempre tendrán un hogar en mí.

MENCION POESIA OTRAS UNIVERSIDADES

Quien quiera que seas, de Lorela Escribano Ramos

No es que se extrañe a quien no se debe,
 Ni que mi corazón se pinte de tristeza ante tu partida.
 No funciona así.
 Fueron años en donde vagó en mi inconsciente,
 Tu silueta entre fotografías.
 En mi primera vuelta al sol,
 Hiciste maleta a los *states*,
 Habiendo dejado tres matrimonios,
 Y seis fetos maduros.
 Me entere de tu muerte por error,
 Mientras mi abuelo me consolaba,
 Porque a mis diez deseaba una mascota.
 Se le escapó de los labios el:
 —a él también le gustaban, que en paz descanse.
 Mientras tanto mi madre era la que sola,
 Hacia todo aquello que contigo fuera con facilidad.
 Tú que tenías patrón de mujeriego,
 Según las lenguas cuentan,
 Fuiste tú el que cabo su propio hoyo,
 Yo esto no puedo confirmar,
 Porque nunca fui partícipe de tus días,
 Ni tú de mis sonrisas.
 Recuerdo haberte llamado entre oraciones,
 Recuerdo haberte sufrido en ocasiones,
 Recuerdo haber pensado como serían las cosas,
 Sin que tan siquiera me hubieras dado de que hablar.
 Efectivamente las cosas no son como uno quiere,
 Ya que nunca se te cerraron las puertas,
 Nunca te vi cuando estuvimos,

En el mismo país,
Y en el mismo estado,
Y en la misma calle,
Y la misma hora...
Solo tengo esa sombra entre mi memoria
Y tus últimas palabras en mi oído.
Palabras que ni siquiera me dijiste tú.
Tu madrastra, mi abuela,
Me admitía suavemente,
Que sabías cuando partirías,
Que decías que nos querías.
¿cómo puedo saber que me querías de verdad?
Si nunca te conocí.
Fui la única de mis cinco hermanos que nunca supo quién eras.
Por tanto, siento que no sé cómo extrañarte.
Por tanto, siento que no sé cómo reconocerte,
Ni como comprenderte,
Y mucho menos quererte.
Solo sé que se me entorpece,
La garganta al acordarme de lo que quise de ti.
Hoy eres un tema del cual no se habla.
Hoy eres solo un nombre que, en mi árbol de vida,
Me obligaban a poner de niña,
A quien tenía que preguntar cómo se escribía.
Sí era NÉstor,
ErnEsto,
EnriquE,
MarcElo,
HÉctor,
O cualquier otra “e” de ausente.
Hasta la otra vida,
A quien quiera que seas
Si es que, por costumbre,
Debemos llamar papá.

PRIMER LUGAR CUENTO COMUNIDAD

El rostro de Santo

Isabel Zorrilla

De camino al locutorio, la monja arrastraba los pasos por la nave central de la iglesia. El padre Pelayo había cabalgado desde Toledo, como todos los miércoles, para confesar a las hermanas del convento. Esa noche, ella le prepararía al igual que siempre, una tina con agua templada para su baño y asearía su ropa para el viaje de regreso el día siguiente.

Esperó el último turno para que no hubiera otras monjas en el oratorio. Se arrodilló sumisa dentro de la casilla impregnada de ese aroma a varón que la cautivaba.

- Bendígame padre. Confieso a Dios todopoderoso y a usted, que he pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión- dijo tímidamente la hermana Manuela.

- ¿Cómo te puedo ayudar, hija? ¿Has cometido algún acto pecaminoso desde tu última confesión? - preguntó el cura con su grave y melodiosa voz.

- He vuelto a ceder ante la tentación padre. Me arrepiento de mis flaquezas.

-Cuéntame, hija mía, para que tus faltas sean perdonadas por la misericordia divina del Señor.

-Vea, pues, don Pelayo; la semana pasada, como acostumbro cuando nos visita, fui a su celda a recoger el hábito para refrescarlo. Observé que por la hendidura de la puerta salía titilante la luz de la vela que alumbraba su aposento. No pude contener la curiosidad y adosé mi ojo para fisgonear.

_Prosigue, hija mía. ¿Qué cosa te perturbó el alma?

_ Vi cuando su merced se despojaba del hábito para sumergirse en la humeante tina que minutos antes le había preparado. Siempre me aturdió su encantador rostro de santo y trepidé ante vuestra hechura de Adonis. La inesperada y deslumbrante visión de su desnudez, provocó que mi corazón comenzara a galopar afanoso. Las rodillas, apenas sostenían mi trémulo cuerpo. Advertí un húmedo escozor en mi entrepierna, que palpitaba entumecido. Mis ojos delirantes se pasearon golosos por cada centímetro de su morfología. Una manada de potros salvajes contenidos en el redil de mi cuerpo se disputaba la salida. Quise empujar la puerta para caer en sus brazos, pero el pudor y el miedo al castigo lo impidieron.

-Prosigue, hija mía, ofrécame los pormenores. No temas al castigo, Dios escucha a sus siervos con empáticos oídos. ¡Dime más, por amor a Dios!
- suplicó el clérigo con respiración agitada.

- Arrodillada frente a la hendidura, para no perder la visión que me absorbía, subí el faldón de mi hábito y lo atrapé entre mis dientes. Mis dedos volaron cual abejas laboriosas afanándose en el panal humedecido. Lenta y suavemente la lujuria se apoderó de todo mi ser. Una deliciosa cadena de espasmos me elevó como diosa del Olimpo. Me humillo contrita ante su presencia suplicando merecer el perdón. Falté a mis votos de castidad experimentando el placer, al cual había renunciado. De estos y de todos mis pecados me arrepiento. -expresó la monja llorando.

Transcurrió un lapso de tiempo que le pareció eterno. No hubo penitencia ni absolución, tampoco una nimia reacción del padre Pelayo. Abatida, sor Manuela salió del confesonario convencida de que no era digna del perdón divino. Levantó los ojos hacia el altar y le pareció ver lágrimas rodando por la faz de algunas imágenes. Sospechó que otras giraron su cara para no mirarla.

Inquieta, abrió la cortina de la casilla de confesión. El cura permanecía allí; arrebatado, con los ojos en blanco y sacudiendo con frenesí algo bajo la sotana. Alucinada, observó cómo el hombre se contorsionaba hasta que el estallido de placer, proclamado por un profundo gemido, le devolvió el rostro de santo.

SEGUNDO LUGAR CUENTO COMUNIDAD

Michelle va a Francia

Doris Irizarry

Me llamo Michelle.

Suena bonito cuando una niña lo dice. Me gustaría llamarme así. Entonces me vería de otra manera. Enroscaría mis mechones en la punta de los dedos mientras recorriera con mirada extraña la ropa que llevo puesta. Es decir, la que llevo puesta yo, queriendo ser ella, con su falda de tachones y el lacito negro en la blusa. Michelle, con dos eles, porque es un nombre francés, me dijo un día sin que yo le preguntara. Entonces me puse a imaginar lo hermosa que sería su vida, tener una madre francesa, y seguramente un padre y un hermano francés. Vivir, dormir y desayunar como lo hacen los franceses y verse tan bonita como ella. Total, que su nombre sea Michelle, no quiere decir que sea francesa. Cuando mami me recogió en la escuela empecé con mis preguntas sobre Francia. Qué voy a saber yo, me dijo, con lo ocupada que estoy, me basta y me sobra con lo que me toca en esta Isla. Y rápido empezó a recordarme la lista de cosas que teníamos que hacer tan pronto llegáramos a casa. Me distraje bastante del tema de Michelle esa tarde. Bueno, todas las tardes. Pues cada vez que mami me recoge y subo al carro es como salir de un mundo ajeno para regresar al mío, que también me parece ajeno. La verdad, me distraigo mirando a través de la ventanilla. Mis ojos se quedan quietos en un punto, es como si avanzara hacia ningún lado, como si lo único que se moviera estuviera afuera. Y pienso en la lista, que es bastante larga. Pero, una vez llegamos, tengo un respiro cuando me baño. Me tardo bajo la ducha. Me enjabono muchas veces para que la espuma forme una pasta cremosa y perfumada sobre mis brazos. Y empiezo a cantar. Hasta que la escucho decir varias veces, sal de ahí ya. Entonces ella empieza a contar; y más o menos sé cuánto tiempo me queda. A la cuenta de uno, meto de cabeza bajo el chorro. Con el dos, el cual pronuncia con calmada desesperación, me da tiempo para quitarme el jabón. A veces descubro que se me queda un poco detrás de las orejas. Pero ella no lo nota. Nadie lo nota. Si me viera. Pongo una mano sobre la llave y cuento los segundos de memoria, con los ojos cerrados, muevo las caderas, doy pasos de baile, hasta que ella dice: tres. Lo dice con ímpetu, con fuerza, como dice ella que uno debe hablar. Entonces, giro la llave rapidito, cierro la pluma y levanto mis brazos con las palmas bien abiertas como si terminara un gran espectáculo artístico. Las gotas salen disparadas como confeti. Es como un juego. Ya cuando salgo del baño regreso a la lista y voy tachando en mi

mente. Me siento en la cama y hago la tarea. La termino y mami me sirve la cena. No veo la tele. Dice mami que ya no hay programas buenos para niños. Busco el I pad y me entretengo con un juego que ella me bajó y espero a que me diga; ya, hora de dormir. Entonces entra al cuarto, saca la camisa y el pantalón del próximo día y lo cuelga del mango de la puerta de clóset. El clóset queda justo frente a mi cama. Pone las medias enrolladas dentro de los zapatos y los acomoda debajo. Me quedo mirándolo. El uniforme colgado justo sobre los zapatos parece un niño fantasma. Trato de verme dentro de él. Siento algo parecido al miedo. Luego ella se voltea y me mira muy quieta, como si quisiera preguntarme algo que nunca pregunta. Su mirada tiene un brillo casi como de susto. Cierra los ojos, me abraza como si no me quisiera soltar, me da un beso y reza conmigo la oración que me enseñó. *Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hazme un niño bueno, toditos los días.* Yo vuelvo a acordarme de Michelle. No sé por qué siento un poco de coraje. Tardo en dormirme. Algún día iré a Francia.

PRIMER LUGAR CUENTO ESTUDIANTES UPPR

Me veré otra vez

Adriana C. Matías Toro

Hay cosas que no cambian. El atardecer naranja de San Juan. Un flamboyán sobre la mesa de un artesano en la Calle Princesa. El mismo merengue cantado por la misma persona en la barra de la esquina. Un desafortunado durmiendo sobre los adoquines bañados en lluvia, alcohol y sal. Una brisa tenue que corre por un lado de la calle. Los sueños de Mía.

Mía era una joven que sin darse cuenta se transformó en el contexto que tanto amó: un sujeto varado en el tiempo. Quizás parezca imposible, inexplicable. Ella diría lo mismo, pero dos veces pasó en su vida; o por lo menos, esos dos fueron las que ella pudo reconocer. La primera, un susto. Uno de esos que segundos después te cuestionas si de verdad ocurrió y buscas la manera de replicarlo, sentirlo aunque sea una vez más. La última, aceptación. El tipo que toma responsabilidad de toda decisión hecha que nos llevó a cierto fin. Las dos en dos puntos diferentes de su vida; las dos el mismo día.

¿El número exacto? Solo importante para Mía. Lo marcaría en cada calendario; lo primero que escribiría como un aniversario: 6:00pm en el café.

6:00am

Mía se despertó con el olor a café. Dejaba la puerta de su habitación semiabierta por esa misma razón. Si la luz mañanera o el gallo del vecino no la levantaban, un respiro de cafeína era el truco.

Riing. La mano de Mía golpeó el reloj. Era la vigésima vez que lo hacía. «¿Cuántas veces lo he apagado? ». En un instante, procesó el número y brincó fuera de su sofá.

El piso estaba fresco. Suficientemente frío para permitir esas caricias que cosquilleen los pies; no tan caliente para ser alarmante. Cada paso hacia la cocina era bienvenido. Ayudaban a avivar una Mía recién despierta mientras su madre preparaba el verdadero estimulante.

Un pie afuera y su cuerpo colapsó como la botella con la que tropezó. Si el estallido mezclado con los latidos de su frente no la alarmaron, las corrientes que dispararon todo su cuerpo hicieron el trabajo. Mía no pudo recolectar la valentía para mirar sus piernas. Fijó sus ojos en el reloj sobre el tablero, contando los minutos que se permitiría absorber el dolor antes de continuar su rutina. Con cada segundo, sus dedos se enterraban más

en el tejido, el algodón lentamente entrando entre uña y carne. Dos minutos... Tres minutos.... El tiempo no paraba para ella.

El vapor empañó el único espejo sobre el lavamanos. Podría haber sido simple pared y no hubiese importado. Mía estaba distraída por el día que esperaba.

El golpe del agua contra la bañera sirvió de calmante para Mía. Solo el ruido, pues anticipaba temerosa el impacto que este tendría sobre su cuerpo. «Estoy tarde», lo sabía con certeza. Aun así, algo impedía que se apurara. Había logrado arrastrar su figura y sentarla en la orilla de la bañera. Una mitad colgaba afuera y la otra comenzaba a calentarse. «Estoy tarde», se repitió. En un suspiro, examinó el daño: heridas superficiales, futuros moretones, nada que un lavado no pudiera mejorar. Con cuidado, se enderezó y dejó bañarse por el agua, completa. La ropa le comenzó a pesar más con cada gota. «Te lo mereces», se reprendió. Jamás había bebido tanto. Se sentía sucia. Quería claridad, botar el sudor, sangre, dolor de cabeza, químicos, todo por el drenaje.

8:00am

La mañana era clara; digna de envidia. La sonrisa de Mía era de oreja a oreja. No llovería para su escapada con sus amistades.

El propio clima parecía burlarse de Mía. Era perfecto. Lo sería para ella también si se encontrara en otro estado. La claridad la estaba matando.

Mía iba de pasajera. Se sentía libre, feliz. Había acabado una etapa de su juventud. Llevaba un traje de flores sujetado por dos tiras finas, el pelo suelto y un collar que le daba mil vueltas a su cuello. Radiaba alegría. Su madre lo veía; se sonrió. Era contagioso.

Las ventanas estaban medio abiertas. No soportaba los látigos que su pelo le daban a su cara. Terminó recogidoselo en una dona. Eventualmente lo hubiera hecho por su uniforme. Prefería evitar otra reclamación acerca un cabello rizo castaño en uno de sus platos servidos.

Mía vió la aproximación del puente y la bahía. Quería sentirlo. El cristal era una barrera, así que lo bajó y dejó sumergirse en todo lo que el viento contenía. Estaba llegando a su destino.

Miró la hora una vez más; miró donde estaba estacionada. «Estoy bien tarde». El pensar la ruta que le tocaba caminar añadió a su angustia corporal. Bajó el visor solar. No hizo nada, honestamente. Las gafas hacían la mayor parte del trabajo. Su mano, ciega, buscó en su bolso su celular. Le debía una excusa al trabajo. Para su sorpresa, no lo sintió. «Perfecto». Se soltó un botón de su camisa blanca, cualquier cosa por sentirse menos

asfixiada. De nuevo, no ayudó mucho. No le quedó mas opción que tomar el camino largo a su destino.

10:00am

El eco de sus risas retumbó las paredes de San Juan. Estaban perdidos y no les importaba. Uno de los amigos de Mía trató de quitarle el mapa de sus manos.

–¡Hemos pasado por ese edificio dos veces! ¡Estamos dando vueltas en el mismo lugar! –No –Mía dijo entre carcajadas–. Es que todos los edificios se parecen. –

¡Claro que no!–todos coincidieron.

Dos pastillas más. Abrió los ojos para ver la oscuridad del almacén. Sus opciones fueron la cocina o aquí. En la cocina había demasiado escándalo. Los platos chocaban unos con los otros, las cafeteras chillaban, los empleados gritaban órdenes y los enseres suplicaban atención. Quería callarlos como el reloj de la mañana. Por lo menos aquí solo escuchaba las conversaciones lejanas de los clientes.

–¡ Mía, tercera vez! ¿No te das cuenta que es lo mismo?

Mía se moría de la risa. Uno pensaría que se habría dado cuenta la segunda ocasión. Finalmente se rindió–: Está bien, está bien. ¿Quién me dejó a cargo en primer lugar? Soy terrible en esto y lo saben.

Su mejor amiga comenzó a empujarla hacia el edificio omnipresente –: Creo que deberíamos tomarnos una foto con este señor azul, despedirnos de por vida de él y encontrar el bendito café que llevamos hace rato buscando. Si no, comemos donde sea. ¡Tengo hambre!

–Me gusta tu forma de pensar –dijo uno de los chicos, quitándole el mapa de las manos. Lo guardó y sacó su cámara instantánea–: Todos atrás. Péngense un poco. A la cuenta de tres digan adiós. Uno... dos... tres...

–¡Bye!

–¿Mía?

La voz vino junto a un relámpago. La luz abrupta provino de la puerta que se abrió. Le tomó unos segundos ajustar su vista y reconocer una de sus compañeras de trabajo.

–¿Te encuentras bien?

«No». Y no quería decirlo. Ya tenía una tardanza más en la lista.

–Sí. Solo... solo necesito un receso.

12:00pm

Mía ordenó su comida.

La comida era servida por Mía.

La picadera llegó entre las palabras. Las palabras fluyeron entre la sangría.

Una bandeja tras otra, los platos iban y venían. Mismas mesas; personas diferentes.

2:00pm

Mía corrió por el campo como una persona demente. Trataba que su chiringa volara. No se elevaba más de unos pies. Los demás se reían con ella.

Su movimiento entre las mesas parecía una danza cansada, exhausta.

Uno de sus amigos se le acercó para ayudarla. Mía lo sacudió. Ella quería hacerlo por sí misma.

–Mía, si necesitas ir a tu casa, yo puedo cubrir tu turno.

–No, no te preocupes. Te lo agradezco.

Mía se quedó quieta. Enfocó toda su energía en el aparato que le costó cinco dólares. Hiba a verlo volar. Efectivamente, la chiringa lentamente ascendió. Ella empezó a llorar. Tal vez la sangría también empezó a subirle.

Mía se frotó la cara con agua. Se reclinó del lavamanos y observó su reflejo. Parte de ella no se reconocía. Sin embargo, otra parte desconocida parecía reclamarla, gritarle, recalcarla... Cerró la pluma. No podía dejarse hipnotizar. Tenía gente que atender.

4:00pm

– Chicos – Mía estaba acogida por un abrazo grupal de sus compañeros – :De verdad, deberíamos hacer esto todos los años. Deberíamos encontrarnos aquí, janguear, ver la ciudad, aunque sea solo una vez. Un día para nosotros.

–¿ Mía?

La voz que interrumpió sus palabras protocolares era familiar. Le tomó más de lo debido reconocer a la persona que atendía, si Mía la veía casi todos los días por las redes sociales. ¿Cómo no captó que era su mejor amiga? Ella se paró de su silla y la envolvió en un abrazo. Mía se petrificó, estaba avergonzada por el estado en que se encontraba. Lo único que veía era el contraste entre la seda y perfume floral con su delantal perfumado por café. Quería correr al baño y arreglar algo de su proyección.

–¿Cómo estas? Siento que no te veo en años.

«Décadas», Mía corrigió en su cabeza.

–Sí, bueno, ya sabes. Estoy... ocupada.

–Igual. Después de aquí tengo que arrancar a un seminario.

–Ah –Mía forzó una carcajada de comprensión– :Sí, entiendo.

–Siéntate– ella hizo un gesto a la silla delante– :Cuéntame de tu vida.

No sé-

Mía interrumpió—:No puedo. Estoy trabajando.

Le habían dado permiso para irse. En realidad ella no estaba lista para volver a su piso repleto de botellas vacías, su celular lleno de los logros de otros, la abundancia de negro y blanco de su armario, y la monotonía de su vida personal.

– Entiendo. ¡Oh! Antes de que se me olvide. ¿Te enterastes que Alejandro se comprometió? Lo anunció anoche. Honestamente ni sabía que ustedes dos...

No terminó la oración cuando se percató de lo incómoda que estaba Mía. La mención del nombre la desencajó. Intentó remediarse agarrándole la mano, un acto de empatía. Mía lo esquivó sacando su pequeña libreta y bolígrafo—:Cosa del pasado. No es nada. Acabamos en buenos términos. Ambos estamos bien... Sí – añadió la afirmación para creerselo.

Su amiga leyó entre líneas. Mía no quería hablar más. Por cortesía, ordenó un latte. Cuando se fue, le dejó propina junto su tarjeta de presentación y una nota que decía: “Me puedes llamar, en confianza.”

Después de ese intercambio con sus amistades y pasada amistad, ambas Mías simplemente vagaron por la ciudad. Una caminaba acompañada; una caminaba sola. Una se recostó en el pasto y contó los aviones que pasaban y las estrellas que comenzaban a aparecer en el cielo naranja; una entendió el atardecer como señal de que el día llegaba a su culminación. Una apostó cuántos flamboyanes habrían en una mesa; una sacó el tiempo para buscar las diferencias de cada uno. Una bailó un merengue con su amigo; una escuchó la canción y recordó cuando la bailó con Alejandro. Una ignoró un diambulante que dormía en unos escalones; una le dió la propina que su amiga le había dado. Una sintió una brisa tenue que hizo que se volteara y encontrara el café que habían estado buscando en la mañana; una sintió un escalofrío al encontrarse frente al café que por años había servido. Una le dijo a sus compañeros que continuaran y la recogieran en este lugar, porque ella iba a calentarse unos minutos; una se cuestionó qué la había llevado aquí. Una entró; una se quedó mirando la puerta. Una ordenó un chocolate caliente y se sintió acogida; una recordó que todo comenzó la primera vez que entró a este lugar. Una recibió un texto que le avisaba la llegada de quienes la recogerían; una buscó frenéticamente su celular en su bolso, encontrando solo su cartera. Una se asomó a la ventana para ver si sus amistades habían llegado; una examinó sus alrededores vacíos en búsqueda de una persona que le contestara una pregunta particular. Una se dirigió a la puerta, la otra también.

6:00pm

Mía chocó con una persona. Esta había preguntado algo antes de entrar, pero ella no logró entender por el impacto. Se disculpó mientras se

arrodilló a recoger las pertenencias de la persona – :Perdón, ¿me preguntaba algo?

No lo podía creer. Tantos años perdidos buscándola. Oportunidades perdidas, la insistencia por permanecer aquí, la negación, todo el tiempo dedicado a este momento, solo para encontrar a la misma persona. No le quedó mas remedio. La suerte está echada– ¿Qué día es hoy?

–¿Hoy? Hoy es...

Lo que prosiguió ocurrió al pie de la letra. Fue sobrenatural ver desde otro punto de vista sucesos que en algún punto creyó haber sido soñados. Vió su confusión al ver su identificación en la cartera. Vió su horror cuando sacó una pequeña foto que Alejandro había tomado frente a un edificio azul ese mismo día. Vió el espanto en sus ojos cuando se tuvo que recostar de la puerta, porque de otra forma se hubiera desmayado. Mía quería decirle algo, pero su mente quedó en blanco. De todo, esta parte no recordaba. ¿Que tenía que decir?

–¿Quién eres?–Mía logró preguntar.

Consideró mentirle. ¿Por qué? Se rió. Más que nadie ella sabía que no era necesario– Mía, yo... Yo soy tú–. Jamás podría poner en palabras todas las emociones que pasaron por su rostro. Para otro sería ilegible; para Mía, tan claro como el día que estuvo en esos zapatos. Primero pensaría que la embriaguez no había pasado. Después, sus amigos le entregarían la foto que la traumatizaría. Luego vendría aquí, cada día, en búsqueda de sí misma. Sería una obsesión. Finalmente, terminaría de este lado. Tenía que darle la advertencia– Mía, no-

Una bocina hizo que Mía se volteara hacia la calle. Sus amigos la llamaban. Devolvió su vista al café. Nadie, solo caras extrañadas. Corrió hacia el carro y sintió el peso del universo caerle encima al sentarse. Sus amigos se preocuparon por ella al verla tan alterada, pero ella claramente no quería hablar. El que guiaba la ojeaba de vez en cuando por el retrovisor. Pensando que la alegraría un poco, buscó en uno de los compartimentos una foto y se la extendió a Mía con una sonrisa – :Quédate, un recuerdo.

«No me busques», Mía iba a decir. En un abrir y cerrar de ojos, no había nadie frente ella. Se estrujó los ojos y la frente. «¿Por qué tardé tanto? » ¿Por qué? Mía reflexionó sobre su pregunta, se enderezó y se quitó el delantal. Quizás es tiempo de bajar el castillo de las nubes.

SEGUNDO LUGAR CUENTO ESTUDIANTES UPPR

Rojo, Rojo

Rafael A. Álvarez

Ha pasado ya un año desde que asesinaron a su hijita. Era un tranquilo domingo, el padre, Mazzini, sentado en un banco de su patio contemplando una foto familiar contenida en un marco rojo. Primero, mira a su pasada esposa, Berta, quien lo dejó hace seis meses atrás debido a que no podía más con la melancolía de su matrimonio, después de la muerte de su única hijita saludable, y de ver a las caras de los asesinos que crearon ese horror todos los días. Después, mira a su hija, que era nada más una niñita antes de su muerte. El padre, empieza a temblar, a sollozar, y se cae de rodillas. Fue la última foto que tomaron de ella antes de su fallecimiento.

Llegan ahí sus cuatro hijos imbéciles, con ríos de baba que llegaban hasta los pantalones, sus caras grotescas, cuerpos obesos, narices mocosas y ojos fijos en completamente nada. Hasta que se percatan del marco rojo de la foto. Una de estas bestias mocosas le quita la foto de la mano del padre -rojo, rojo- dice el baboso imbécil, para luego tirarlo hacia el piso con toda su fuerza. El marco y la foto de la familia destruido en pedazos. Se ríen histéricamente mientras de que Mazzini, al ver lo que hizo el anormal, tiembla más ahora; traumatizado y pierde la conciencia.

- Señor, señor, ¿cómo se siente? - Le pregunta la sirvienta. Mazzini recupera su conciencia y se encuentra él mismo a la mesa de la sala comiendo con los cuatro mocosos al frente de él. -Bien... estoy bien. - responde Mazzini. La sirvienta se despide del señor Mazzini y sale de la casa. Mazzini se da cuenta de que uno de los retrasados mentales agarraba un cuchillo. El padre se levanta de la mesa, entra a su cuarto y coge su pistola, por si acaso los imbéciles utilizaban el cuchillo contra él, y vuelve a la mesa aguantando el arma.

Mira fijamente a los hijos, a los asesinos, riéndose como maniacos, escupiendo y babeándose por todos lados, tirando la comida, sin importancia ni vergüenza sobre todas las atrocidades que han cometido. - Imbéciles, ¡Monstruos del infierno! - murmuraba con furia entre sus dientes -Ma... mataron a mi hijita! ¡A la única luz de mi vida! - Empezaba a sollozar. ¡Bang! El disparo le explotó la cabeza en pedazos al pobre niño.

Al ver la sangre, los otros tres niños se entusiasman -¡rojo, rojo!- brincaban y saltaban los tres con caras brillantes de felicidad al ver el color rojo. El padre, al ver la consecuencia de su accidente, y las reacciones de sus hijos; se levanta, camina hacia atrás mareado, vomita, los mira con

incredulidad y les grita: -¡Demonios del infierno...bestias!... ¿Cómo esto pudo haber ocurrido? -.

Uno de los niños, lo mira y le sonríe con una sonrisa estúpida. Luego, abre los brazos completamente y va hacia el padre como si fuese a abrazarlo para decirle "Gracias". El padre repugnado y furiosamente disgustado con la acción del chico, lo empuja para el piso y le patea el cráneo hasta que chorros de sangre empezaron a salir de los oídos y boca del niño.

Los otros dos chicos empezaron a gritar, sin embargo, no se podían descifrar si eran gritos de terror o de emoción. Uno de ellos, luego, corrió hacia la cocina. Cuando llega allá, se recuesta en la misma mesita donde degollaron a la hija hace un año atrás, para ver el techo que estaba pintado de rojo. -Rojo, rojo- decía el niño embobado al ver el techito rojo.

Mazzini lo escuchaba desde la sala: -Rojo, rojo- una y otra vez saliendo de la boca del niño. -Por mi hija, por mi hija- se repetía a sí mismo en lo que camina lentamente hacia la cocina. Cuando entra a la cocina, encuentra el cuchillo más afilado y fuerte. Camina hacia el niño, levanta el brazo con cuchillo en mano - ¡Rojo! ¡ro...-

-Falta uno más- el padre se dijo a sí mismo. -Por mi hija, por mi hija- se repetía él mismo. Cuando sale de la cocina encuentra al último hijo vivo en sus rodillas bebiendo la sangre del cadáver del segundo hijo que falleció. - ¡Qué puerco y bestia eres! - le grita esto y más. Luego le patea al niño y termina boca arriba. Mazzini pone su rodilla en el pecho del otro y apunta el cuchillo al corazón...

Al día siguiente por la mañana, le tocaba a la mamá estar con los hijos. Ella llega a la entrada, abre la puerta y se encuentra a su exesposo, colgado por el techo, sobre el mar de sangre de la matanza de la noche anterior. En las paredes escritas varias letras con sangre: "Por mi hija, por mi hija, por mi hija".

TERCER LUGAR CUENTO ESTUDIANTES UPPR

Apelando a la sensibilidad

Bianca Cuevas

Capítulo 1

Esta es la historia de una pareja. Una muy casual y un poco cliché. Todo empezó una mañana, Roberto y Lucia vivían en un pequeño apartamento. Llevaban cuatro años juntos. Pero aún no se habían comprometido. Lucia esperaba cada año en su aniversario que Roberto le pidiera matrimonio. Roberto pensaba que el matrimonio no tenía sentido, sus padres se habían divorciado y él no quería pasar por esas situaciones. Estaba conforme con una pareja con la cual convivir. Lucia tenía ideas fantasiosas, esperaba que este año si lo hiciera. El problema de esta pareja fue la falta de comunicación. Si desde el principio hubiesen dejado claro sus aspiraciones, deseos, miedos y expectativas de la relación, no hubiesen desperdiciado cuatro años de sus vidas y no hubiese corazones rotos en esta historia.

Lucia- Buenos días cariño, solo faltan dos días para nuestro aniversario. Estoy muy emocionada, llevamos cinco años juntos.

Roberto- En realidad todavía llevamos cuatro, es solo un aniversario linda, no es para tanto. No quiero ser como mis padres, hacían de su aniversario toda una celebración y aun así terminaron divorciados.

Lucia se sentía decepcionada. Pensaba que la relación poco a poco se iba marchitando.

Cada uno se preparó para ir al trabajo. Continuaron con sus rutinas diarias. Al llegar la tarde los dos se encontraron en el apartamento. Roberto se sentía un poco estresado por el trabajo, aún no lograba el ascenso que quería. Pensaba que era un fracaso y que todo le salía mal. Lucia tuvo un día tranquilo seguía un poco entusiasmada con el aniversario. Al verse se saludaron con un beso. Lucia le preguntó por su día pero Roberto solo que contesto con un "bien". Así que Lucia le comenzó a contar su día, todo lo que hizo y todo lo que comió. Roberto pensaba que era un poco molesta. Mientras preparaban la cena en la televisión pasaba un anuncio de pañales de bebé. Lucia lo miraba con anhelo. Deseaba tener un hijo pero quería casarse antes. Roberto se dio cuenta de cómo Lucia miraba el televisor por lo que reflexionó acerca de lo que él sentía, Roberto no quería tener hijos. Pensaba que era una responsabilidad muy grande. Además

como no tuvo una buena figura paterna, pensaba que el tampoco sería buen padre.

Lucia- Sabes, quisiera tener tres hijos, una niña y dos niños. Aunque me gustaría que no se llevaran tantos años. Aún no sé qué nombres les pondría, pero me gusta Rocío y Andrés.

Roberto- Lucia, la verdad no sé si quiera tener hijos...

Lucia detuvo lo que estaba haciendo. Nunca pensó que Roberto no quisiera tener hijos. Y no sabía si ella podía negarse a ese sueño solo por estar con Roberto.

Lucia- Creo que nunca nos hemos sentado a hablar de nuestros deseos.

Roberto- No, nunca lo hemos hecho. Creo que hemos dejado nuestra relación fluir y eso está bien.

Lucia- No quiero renunciar a mi deseo de ser madre y de casarme solo porque tú crees que todo saldrá mal, como todo en tu vida. Lo único bueno que has tenido es esta relación y la estas echando a perder.

Roberto- Eres una egoísta fantasiosa. Solo sigues esos estereotipos de la sociedad. El matrimonio es solo un papel. ¿Por qué no te basta que todo esté bien entre los dos?

Lucia- ¡Solo piensas en ti! Eres tú el egoísta. Quieres robarme mis sueños. Pero no lo permitiré. Puedo soñar con una gran boda y con tener hijos. No voy a negarme a esas experiencias solo por ti.

Roberto- Creo que esta relación no va a funcionar. Tienes demasiadas expectativas falsas. No puedo solo cambiar mi forma de pensar para complacerte. Así no seré feliz. Y tú tampoco lo serás.

Lucia- Tienes razón, deberías irte.

Roberto- Bien me irá.

Así termino la relación de Lucia y Roberto.

Capítulo 2

Esta es la historia de Amanda, y de cómo logró cambiar al mundo con sus acciones. Amanda se levantaba temprano a trabajar, de camino a su trabajo tenía que tomar una parada de autobús. En ella siempre había un perrito callejero que movía su rabito en busca de su atención. Amanda trataba de ignorarlo, pues pensaba que si le hacía algún gesto, la iba a seguir. Al día siguiente Amanda siguió su misma rutina, pero esta vez no pudo ignorar al triste perrito. Pues este se veía lastimado y hambriento. Así que tomo su merienda y se la dio. Paso todo el día pensando en el

pobre animal, al salir de su trabajo paro en un supermercado y compró una pequeña comida para perros. Al próximo día Amanda pasó por la parada y le dio de comer al perrito, este se veía muy agradecido pero no tardó en comerse toda la comida. Amanda decidió continuar hacia su trabajo porque se le hacía tarde. Ese día no pudo dejar de pensar en el animalito. Y como debería sentirse el no poder quejarse por tener hambre o frío. O simplemente no poder hacer nada y que nadie te pueda entender. Eso hizo la hizo reflexionar. Así que paró en una tienda y compró todo lo necesario para aquel perrito, comida, una camita y unos juguetes. Ya mañana recogería al perrito y lo llevaría a su casa. Pero no fue así, en la mañana al caminar hacia la parada no encontró por ninguna parte al perrito. Se sintió muy preocupada, así que le preguntó a un señor que siempre se pasaba en un banco frente a la parada. El señor le contestó que al pobre animal lo habían atropellado ayer. Amanda se sintió devastada, pensó que si hubiese tomado acción antes, el perrito seguiría con vida. Amanda decidió tomar esa experiencia para crear un cambio. Ese mismo día entro a sus redes sociales para comentar acerca del abandono de los animales. Además, decidió que cada vez que viera un perrito lo recogería y lo ayudaría a encontrar un hogar. Así que cada mañana Amanda tomaba una ruta diferente para encontrar un perrito callejero y ayudarlo.

Capítulo 3

Esta es la historia de Salvador, un señor de 78 años de edad. Salvador es un veterano retirado. Él sirvió en la milicia por muchos años. Hizo muchos viajes y vivió la experiencia de estar en un campo de guerra. Él ayudó a salvar a 15 de sus compañeros en una misión, pero eso es otra historia. Salvador sufrió mucho debido al estrés post traumático. A pesar de esto él se casó y tuvo cuatro hijos con su esposa. Aunque el trauma seguía en su cabeza. Salvador tenía pesadillas todas las noches, a lo que su esposa intentó ayudar por un tiempo. Pero cuando llegaron los niños todo cambió. Salvador intento buscar ayuda, pero nada parecía quitarle las pesadillas y los pensamientos. Comenzó a tomar medicamentos que lo ayudaban a calmar estos malos ratos. Salvador dedicó su vida al ejército, a sus hijos y a su esposa. Cada vez que se tenía que ir a una misión su esposa se sentía muy angustiada. Así pasaron los años para Salvador, aunque no pudo compartir muchas de las vivencias de sus hijos siempre que estaba compartía con ellos y les daba el sustento económico. Sin darse cuenta los años habían pasado, todos los hijos de Salvador se habían ido y estaban construyendo sus vidas. Solo le quedaba su amada esposa. Pero

ésta enfermó y estuvo mucho tiempo en el hospital, Salvador lamentaba cada momento que no pudo disfrutar con ella. Suplicaba cada día por más tiempo para estar junto a su amada esposa. Desafortunadamente una tarde lluviosa, la esposa de Salvador murió. Él se sentía devastado, sus hijos estaban lejos y ahora estaba solo. Los hijos de Salvador querían enviarlo a un asilo, ya que ninguno tenía tiempo para poder cuidarlo. Los hijos pensaban que él tampoco les dedicó mucho tiempo, que al comenzar a tomar las pastillas jamás fue el mismo con ellos. Los hijos aún sentían reproche hacia su padre por sus decisiones. Salvador se negó a ir al asilo, así que continuó viviendo solo en su casa. Salvador se sentía deprimido al estar en un hogar tan vacío. Así que cada día se levantaba temprano, compraba el periódico y se sentaba en un banco frente a la parada de autobuses. Salvador veía los días pasar, se fijaba en las personas que pasaban por aquel lugar. Siempre veía a una pareja que pasaba por allí y le recordaba a su esposa. Pensaba que los jóvenes no se dan cuenta de cuan corta es la vida y que deben valorar a su pareja. También siempre veía a la misma muchacha que se detenía a observar un perrito callejero. Reflexionaba que todos deberíamos fijarnos en las necesidades de los demás. Salvador imaginaba cada día, como hubiese sido su vida si hubiese tenido otro trabajo. E inventaba escenarios donde trabajaba de diferentes profesiones, como maestro, policía, conserje, pintor y otros. Salvador pensaba que sus hijos no valoraban lo que hizo por ellos, arriesgar su vida para darles de comer. Ahora que él los necesita ninguno podía cambiar su estilo de vida para hacerse cargo de su padre. Salvador había salvado a muchos compañeros, pero ahora nadie lo podía salvar a él.

Capítulo 4

Sofía era una joven que caminaba todos los días hacia la universidad. Siempre tomaba la misma ruta. Al salir de su casa se encontró con la pareja que vivía en el piso de arriba, en el elevador. Se detuvo a observarlos. Sofía pensaba que la joven se veía entusiasmada, quizás algo bueno le había pasado. Mientras que el joven tenía un semblante serio. Parecía que algo lo inquietaba. Sofía pensaba que hacían una linda pareja, aunque a veces escuchara sus discusiones desde su casa, pero todas las parejas tienen problemas, ¿cierto? Al abrirse el elevador Sofía se dirigió hacia la parada de autobuses para tomar la guagua que la llevaría a su destino. Se sentó en el banco a esperar, allí se encontraba un señor mayor leyendo un periódico. Sofía notó que este estaba triste, quizás se sentía solo. Por lo que Sofía le dio los buenos días y este contestó con una sonrisa. Sofía se sintió bien al ver que el semblante del señor había cambiado. Al continuar esperando, Sofía notó que una muchacha buscaba algo desesperadamente. Ésta chica le preguntó al

señor por un animalito que se pasaba por allí, a lo que el señor contestó que al perrito lo habían atropellado. Sofia pudo notar una lagrima salir del rostro de la joven. Se sintió conmovida. Sofia pensó que todos debemos ser así de sensibles con respecto a los animales. En ese momento llegó el autobús de Sofia, así que se despidió del señor con una sonrisa y se subió al transporte. Sentada en un rinconcito Sofia pensaba en todas las emociones que podían estar pasado esas cuatro personas a las que vio hoy. Meditaba acerca de su vida, pensaba como ser una mejor persona cada día. Por lo que comenzó por llamar a su abuelo, con el que hacía meses no hablaba.

PRIMER LUGAR CUENTO OTRAS UNIVERSIDADES

Mi dedo

Luis D. Alfaro Pérez

Me monto en el carro, lo enciendo, conecto mi dispositivo al cordón auxiliar. Dejo que la música fluya, que me distraiga en lo que pasa el tiempo. Evado cada boquete de camino a la estación del tren. Al principio se me hacía difícil, pero ahora es un juego. Cuando los evado, suspiro. Cuando caigo en ellos, me peleo. El sol está justo donde debe estar, brillante, pero sin cegarme. La gente también está donde deben estar, en camino a sus trabajos, e ignorando las leyes de tránsito mientras sea posible. Confieso ser parte de la gente, a veces.

Suena un piano leve, solo se escucha porque tengo el volumen alto. Así no oigo los ruidos que hace mi carro. Es una balada melancólica, de esas que cantas cuando hieres a alguien, y sabes que no te perdonarán. Tan pronto Beyoncé comienza a cantar, me acuerdo del ensayo de hoy, y al mirar a mi derecha, observo que mi instrumento no está ahí, al lado de mi bulto, en el asiento, dónde debía estar. No, puñeta, ahora fue. El pecho se me aprieta, y los ojos se me aguan. Yo sé que no puedo llegar al ensayo sin el instrumento. Mañana toco, y cualquier músico idiota, sí, hasta el más menso, sabe que no se puede llegar al ensayo que antecede a una presentación *sin* un instrumento. Si no toco, hay pretexto para obtener una calificación baja, y no me perdonaría si saco menos de una B en una clase en la que ni tomo exámenes. Es absurdo. Quizás más absurdo aún es la rabia que me provoca el tener que gastar más gasolina, y llegar tarde.

Hice todo lo más rápido que pude, ir y volver, y llegué a la estación del tren. Son las diez y cinco, ya estoy tarde a mi primera clase. Lo bueno, supongo, es que puedo comenzar el proceso de matrícula desde mi celular durante el recorrido. La tecnología, para bien o para mal, nos facilitó la vida. El tren llega a los cinco minutos. Entro rápido, y me siento. Nunca está muy lleno a esta hora. El viaje es rápido, más rápido de lo normal, como si el conductor supiese que voy tarde. Estoy tan concentrado que ni me fijo en cómo transcurre el tiempo. Me siento como un programador, tecleando códigos en una base de datos obsoleta. La oferta académica es bastante miserable; eso sí es normal. Suspiro, me conformo con lo que tengo, ni modo. Una voz monótona y femenina anuncia: “próxima parada, universidad”.

Corté una clase para poder matricularme en otra. No me permitieron matricularme en una que quería, al menos ahora no. Estoy salao. El ensayo fluyó bien, nada extraño, por ahora. Cogí par de boquetes de camino a Bayamón por la noche.

Ahora estoy de camino otra vez a un salón, para ir a la clase de Arte Occidental, a ver anagramas cristianos, y símbolos de la Edad Media. Antes de entrar, decido pasar por una oficina a ver si logro matricularme en una clase de inglés. El pasillo justo frente a la oficina está repleto de estudiantes a ambos lados, todos sentados, con sus caras aburridas. Hay un papel de maquinilla con una lista escrita en bolígrafo pegada sobre la puerta, y el encabezamiento lee: ``1:30``. La lista tiene veinte nombres escritos en ella. Hay entre treinta y cuarenta estudiantes en el pasillo. En otras palabras, sería imposible esperar aquí sin cortar más clases. Me voy.

La presentación fue mejor de lo que esperaba. Nunca me atrevo mirar lo suficiente al público, pero me gusta que me vean. Volví una segunda vez al pasillo, y ya habían quitado la lista. No se iba a atender a ningún otro estudiante. Me siento solo, necesito con quién hablar. Sabía que sería un dilema al comienzo. Es normal cuando empiezas de nuevo en cualquier lugar. Tengo poca compañía, y es abrumador no tener alguien que esté ahí para escucharte. Físicamente. No es igual ante una pantalla. Sé que no estoy solo, claramente, ni que fuese el único en este espacio. Eso lo reconozco, pero también reconozco mi necesidad.

Considero irme. Doy de mis vueltas pendejas por la universidad a ver si logro encontrar a alguien. Entro al centro. Hay pocas personas, quizás las que siempre están aquí: el grupo que siempre se encuentra en las consolas de juegos, los que se sientan en el pseudocafé, y los que se cobijan en el pasillo al lado de los baños.

Me acuerdo de alguien. Sí, yo le dije que iba a visitarlo otra vez, para recoger el dibujo que hizo de mí. Miro a través de la vitrina, y veo una parte de su cabeza en un cubículo transparente. Uso el canto de cartón, que sustituye lo que supongo que debe ser una manigueta para abrir la puerta de cristal, y me asomo por su oficina. Me saluda cariñosamente. Es una persona amigable, su disposición es cálida. No sé si es una formalidad, pero de todos modos la acepto.

Me muestra la pantalla de su desktop. Hay un documento en blanco con una sola oración y el título: ``Obituario``. Le propicio algunas ideas para que pueda darle cuerda a sus neuronas, pues, tarda un poco en producir, pero está distraído. Se siente, según él, hormonal. Es normal, somos jóvenes, la gente es bonita, ¿qué más se puede hacer? Me habla de alguien que está en el pasillo, sí, de esas personas que siempre están ahí, al parecer. Entra una muchacha, y entre temas fugaces, se lo menciona. No sabe cómo aproximarse a él, ya lo hizo, pero quiere hablarle más. Él duda de su sexualidad. Ella por igual, pero las apariencias no me ayudan mucho. Yo no sé de lo que nadie es capaz, independiente de los trapos que elijan vestirse. Después de intentar alentarle a que le hable pero fallar, la muchacha le dice que tiene que irse, pero que volverá.

Entra otro muchacho. Mi amigo le pide consejo, y el muchacho le dice que no sea pendejo, y que le hable. Mantengo mi punto de vista. La conversación sigue, y en lo que pasa el tiempo, observo la oficina: hay notitas por todas partes, mensajes de distintas personas, un revolú organizado. En el rato que hablé con él, al menos tres personas lo contactaron para tramitar gestiones. Fluctúa entre su disposición más seria y la amigable. Diría que contiene dos personas en una, pero en realidad, su seriedad no desvanece en la conversación cotidiana, no por completo. Quizá es más una contradicción. Nada de malo en eso. Me voy sin pedirle el dibujo. En algún momento me acordaré.

Llego a la estación del tren, son las cinco, dos horas más tarde de lo que pensaba irme. La estación está llena, muchos abordan el tren a esta hora. Se escucha el eco del tren chillando contra los rieles, ahí viene, como un gusano saliendo del lodo. Me monto entre extraños. Hay alguien sentado a mi lado. Sí, hay tantas personas que todos estamos como salchichas, y hasta algunos parados. El tren comienza su marcha, y se detiene en la estación de Río Piedras. La voz aparece otra vez, esta vez menos robótica y más urgente: "Pasajeros por favor evacúen el vagón. El tren está fuera de servicio. Evacúen el tren, está fuera de servicio". No entiendo. O hay una bomba en el tren, o están matando gente en la próxima estación, o cayó un meteorito en Centro Médico. Debería acostumbrarme a que no entiendo nada, pero la vida sigue sorprendiéndome.

Al bajarme aturdido, una señora cincuentona, blanca, gordita, vestida de falda mahón y t-shirt de lavar carros, con una sonrisa grande, se acerca hacia mí. "Dios te bendiga". Me entrega un papelito del tamaño de un cupón.

Este podría ser tu

BOLETO GRATIS
AL CIELO

La salida puede ser
en cualquier momento.

Al dorso, tiene unos versículos de la Biblia que he leído muchas veces, y una oración para la penitencia. Me quedo fijado en la salida. Todos estamos buscando una salida. Siempre. De la manera que sea.

A penas miro cada cara de los pasajeros evacuados, estamos en la estación, quizá la peor estación porque aquí abajo no hay señal. Si algo sucediera, nadie lo sabría si no es porque está aquí. Todos nos vemos

confundidos. Camino por la estación, intentando escuchar alguna conversación que pueda ilustrarme. Necesito información concreta. Lo que se oyen son rumores. Nada es seguro. No hay una fuente confiable, simplemente nos dejaron aquí tirados. Entre jóvenes y personas mayores, escucho muchas cosas.

“Fue un loco. Se tiró por los rieles del tren”.

“Brincó por la cosa esa de impedidos, y se echó a correr, pero los guardias como que estaban bien relajados y fueron tras él bien lentamente...”.

“El muchacho entró sin pagar y se metió a uno de los vagones. Cuando paró el tren, se cambió de vagón. Estaba evadiendo al guardia”.

“Tiró lo de los pisos mojados a los rieles del tren y cuando vio que los guardias iban a cogerlo, se tiró por el túnel y se echó a correr”.

“A ese lo vi esta mañana en la universidad, pero siempre ha tenido problemas”.

No entiendo nada, mi boca debe estar abierta pero mi asombro no me permite cerrarla. Que entren las moscas. Hay una piscina de baba entre mi lengua y mis dientes. Me paro entre unas estudiantes. Todas tenían espejuelos, y yo también, así que todos somos ciegos. Hay una señora cuarentona embarazada junto a ellas. Se veía encabronada. Las muchachas se veían asombradas, pero a su vez tranquilas; no estaban llenas de ira. Ellas saben que estas cosas suceden. No les parece insensato.

La señora estaba quejándose, exclamando que no subiría las escaleras a buscar señal, que caminar esa distancia es demasiado. Que cómo volvería a Toa Baja. Me fijé en su identificación. Trabaja en el municipio de San Juan. No se ve muy feliz en su foto. Creo que esta situación no afecta mucho su quehacer diario. Siempre debe haber algún problema, al menos eso me consta.

Nos dicen que los guardias se fueron a verificar, a buscarlo. Que tardará. Subo a buscar señal, necesito comunicarme con alguien. Para mi sorpresa, justo después de hablar con mi mejor amigo, escucho el tren volver a encenderse. No pasaron más de treinta minutos. Bajo las escaleras corriendo, me monto en el tren, suspiro. No recibimos información oficial de lo que aconteció. La vida continuó, como siempre. Quizá el muchacho continúa corriendo por ahí.

Entro al servicarro de *Wendy's*, pido mi orden, me sale un poco más caro de lo que esperaba. Ni modo, no hay de otra. Otra vez, me encuentro en el tapón. Espero a estar pinchado entre carros para abrir la bolsa, y comer parte de mi cena. Estoy terminándola. Siento el contraste maravilloso entre la carne, el queso, y el pepinillo cuando, de repente, muerdo algo duro. Por poco me rompe un diente. Meto el dedo a buscar lo que es, pues, no puedo digerirlo. Saco algo que parece un grano de arroz, pero a la vez

un canto pequeño de un hueso. No puedo discernir lo que es, tampoco sé si debo preocuparme. Al menos no me lo tragué. Como lo que queda de la hamburguesa, y recorro lo que queda del tapón.

Es viernes, y estoy mejor. Voy a ensayar con el conjunto, y sólo somos tres en esta ocasión. Qué pena, me gusta ensayar con ellas. Al terminar el ensayo, hago una lista para acordarme de mis prioridades: comer, imprimir los trabajos, ir a la oficina, verificar si hay espacios, comer, matrícula, comer. Tengo hambre, no puedo ignorarlo. Entro al centro de estudiantes, bajo al primer piso a contemplar el menú de la cafetería. Nada me apetece, más la fila es eterna. Subo, y al dirigirme hacia la entrada, lo veo otra vez. Esta vez anda con una sombrilla negra en mano. Siempre se viste similar: camisa de botones de manga corta, mahones, y zapatos bonitos. Su estilo es apropiado, o quizá solo es conveniente. No quiero suponer que no le guste, tampoco. Hablamos, me pregunta qué voy a hacer, y me invita a comer. Accedo, nunca me niego a compañía. Ahora no.

Esta sería la tercera vez durante la semana que hablamos. Ayer también nos vimos durante clase, y tuvimos una conversación relativamente corta. De camino a *Quiznos*, saluda a muchas personas. Él conoce a algunos cuantos empleados, por lo que veo. No sé si se lleva con todos ellos. Yo no podría, aunque quisiera. Digo, sí, quisiera.

Pasamos el rato bien, pues, comí y tuvimos una buena plática, pero siento que él no tiene el privilegio de desaparecer. No como yo lo hago. Sé justo a dónde podría ir para no ser reconocido, y estar entre extraños. Pero él, no importa a dónde vaya, será reconocido, aunque sea por una sola persona. No hay escape, no hay mentiras. Nada que valga. No quisiera eso, perder mi camuflaje.

Terminamos de comer, y nos vamos. Cruzamos la avenida. Al pasar por los portones, comienza a lloviznar livianamente. Me dice que se va, y me deja con su sombrilla para que no me moje. A mí no me molesta mojarme, pero de todos modos lo aprecio. Ya van tres veces que ha mostrado calidez conmigo. Es más de lo que pensaría, no es tan sencillo conseguir eso. Lo despido.

Salgo de mi clase de matemáticas, decido irme a pedir clases otra vez. Quiero una de natación. Nunca aprendí a nadar. A pesar de eso, amo la playa. Amo el agua. Quiero aprender a no tenerle miedo. Tengo una obsesión con dejar ir. Es necesario. Me dicen que tengo que volver el lunes, que ahora no se puede. Sigo mi rumbo.

Al pasar otra vez por el lado del centro de estudiantes, me percaté de algo peculiar. Un par de zapatos negros, deportivos, ahí, en la acera. Se ven nuevos, sin rasguños ni muestras de uso. Simplemente están ahí, sin medias, parecen estar puestos perfectamente. Como si alguien fuera a

recogerlos luego. No entiendo, sigo caminando, pero miro hacia atrás, y hasta retrocedo un poco y me quedo mirando. Quién sea él que los haya dejado ahí, no fue un estudiante. Ningún estudiante de aquí haría eso.

Paso el bohío grande, y me fijo en unas mesas que están puestas ahí. Muchos estudiantes están rodeándolas, sentados, y hay un hombre, probablemente un profesor, observándolos. Tiene lentes metálicos plateados y una barba blanca. Están pintando lo que parecen ser máscaras. Quizá son de teatro. Las máscaras me intrigan, tienen un carácter antropomórfico. Parecen animales, quizá demonios. Entre los estudiantes, veo alguien que reconozco. La que siempre tiene mariposas en el pelo, en la muñeca, y en los dedos. La que parece que pronto saldrá volando a un plano alterno, lejos de aquí. No creo que me ve, pero si me viera y yo la saludara, me sonreiría. Como siempre hace. Tiene una sonrisa tierna. Espero que no la esconda detrás de una de esas máscaras.

Estoy en la biblioteca. Imprimo unos papeles, y me vuelvo a sentar ante la computadora. Observo todas las ventanas que tengo abiertas: mi correo institucional, el portal de estudiantes, *Google Drive*, y *Facebook*. Qué muchas herramientas necesito para simplemente existir aquí. Bajo la vista al teclado, para escribir, y me fijo en la uña de mi dedo corazón. Está ensangrentada, y la sangre seca, cubriendo el dedo completo. Es un rojo que parece vino o marrón, no el de una manzana. No entiendo cómo ni cuándo sucedió. Cómo no dolió. Cómo no lo sentí. Me fascina, no debería ser algo que pueda camuflarse, pero lo hizo. Hasta ahora.

A veces, hasta yo estoy ajeno a mí. No puedo comprender por completo lo que me rodea, y yo soy un ente externo a mi conciencia. Quisiera enterarme de lo que sucede conmigo, pero tristemente, no será así. Ni yo mismo podré conocerme completamente. Es un ejercicio inútil.

Al fondo, quizá es mejor así. Hay cosas que no necesitan ser comprendidas. Qué arda y sangra todo lo que quiera, después que no me entere.

SEGUNDO LUGAR CUENTO OTRAS UNIVERSIDADES

Un día más

Lorela Escribano

Despertar. Era todo lo que tenía que hacer para entrar en el mismo intento de alegría. En la misma idea que me imponen los que creen que saldrán de esta rutina incomprensible.

—¡*Mariana!*—gritó lo que parecía ser la voz de mi madre. No pensé en lo mucho que me molestaba su actitud frente a la escasez, como reaparecían exigencias dentro de mis silencios, más bien dirigidos en que cocinaría en el día de hoy con los escasos recursos que poseíamos.

Solamente en eso dedicaría toda mi mañana—en caminar ciertos kilómetros o millas al pie desnudo en busca de la comida del día. A penas vivíamos en un espacio, rodeados de un cubo de cemento de los pocos que quedaban en la ciudad. Me parecía motivo de agradecimiento, porque teníamos más que muchos. Solamente en dos ocasiones, en donde por falta de alimento en lugares cercanos, había logrado alcanzar las costas, pero para que no me pasara nuevamente, creé un plan. Realicé una lista en donde normalmente se encuentra una que otra cosa ya sean animales, o plantas con frutos. Nunca era seguro el hecho de que ahí hubiese algo, pero eso sólo era el primer paso.

La lista consistió entre los lugares más cercanos hasta los lugares más lejanos. La búsqueda, como dije, duraría toda la mañana, pero también puede que dure más. El caminar hacia allá solamente me tomaría tres horas enteras. Al menos eso estimaba.

Recuerdo la última vez que mis ojos contemplaron las hermosas telas pintadas de azul, rozando contra la arena, como si me exigieran en susurros que las acompañara. Paseaban sus curvas en movimientos unidos pero descontrolados. ¿Cómo era eso posible? Solo sé que era lo único que me decía que el viaje largo valía la pena.

Mi madre, anterior a todo, solía llevarnos a menudo. Preparaba bultos de cosas que no necesitaba, con tal de que no le hiciera falta nada. Suspiraba ante la ironía. Eran días largos bajo el sol, creando manchas que nos adornarían hasta el alma. Ahora solo eran días largos bajo el sol, en búsqueda de no una mejor vida, sino de acoplarnos a ella.

Mis ojos se fueron abriendo sin deseo y con máximo esfuerzo, me levanté de lo que pudimos convertir en nuestra cama. Luego de haber perdido las esperanzas frente al cambio repentino de tenerlo todo a nada, mi madre se ingenió un cartón, rodeado de bolsas y ropa vieja que habíamos encontrado en el camino. De esto básicamente se componían nuestras paredes: de inventos y obsequios que nos ofrecía la suerte. Por supuesto,

siempre y cuando no nos encontrásemos a alguien en el camino que lo quisiera adquirir primero.

Sin pensarlo, fijé mi mirada al cielo y le agradecí a quien quisiera escuchar. Era muy difícil saber a quién creerle en este mundo. Solo pedí, que, si hubiese algo allá arriba, que escuchara mis plegarias.

El agradecimiento duró más de lo necesario; desde el rabo del ojo pude ver a mi madre entrar apresuradamente, vestida de ropas grandes que indicaban que andaba con el grupo que intentaba reestablecer las tierras. Vi cómo se detuvo un instante como si estuviera pensando que hacer. Luego de unos segundos, se retiró, probablemente contemplando mi acción sencilla.

Mi fe y deseo de estar en armonía con el mundo era lo único que me permitía un poco de paciencia, tanto para mí, como para los que me rodeaban. Era donde único se me permitía un tiempo sin molestias, ni reclamos, ni exigencias.

Al terminar mis agradecimientos, me levanté del suelo y doblé el viejo y desgarrado pedazo de cartón, acomodándolo en una esquina, para crear más espacio para nosotros.

—*¿Vas a salir hoy?*

Me volteé al encontrar unas sombras. En mi trance de readquirir valentía, ni me había percatado que mis tres hermanos se habían despertado. Pues, con el grito de mi madre, ¿Quién no lo habría hecho? Con un beso en cada una de sus cabecillas, les rogué que contuvieran la paciencia y esperanza necesaria. Sería entonces esto mi motivación inicial y como mi amuleto de buena suerte para encaminarme a mis diligencias.

Caminé por el ardiente campo, mendigando entre las pocas brisas que se avecinaban y gotas de cortesía que se deslizaban por mi yugular. De un tiempo para acá, ya no era mucho lo que quedaba. Había sido un golpe de brisa precisamente lo que nos había arrancado los lujos, las necesidades y para algunos la vida. En menos de siete meses, según marcábamos en la pared, nuestra isla se había convertido en tierra de nadie y tan drástico cambio, provocaba lágrimas que solo quedarían estancadas entre los comienzos de mis ojos. Jamás las permitiría salir.

Después de un tiempo, arrastrando mis piernas, a lo lejos avisté una planta en crecimiento y con mucha calma, me recosté de mis rodillas y me incliné hacia ella. Justo cuando mi mano se extendió, abrazando su verdura, entrelazándola en mis dedos para ser extraída, sentí un azote entre mi rostro que me llevó al suelo. Sorprendida ante al ataque, rebusqué con la vista la razón de mi desorientación, hasta que encontré, no muy lejos, un papel periódico, arrugando y con la tinta casi en vela.

Hacía tiempo no veía uno de esos...

Desesperadamente, me dirigí hacia él, raspando la tierra en un intento de cogerlo. Vi sobre una esquina un titular nauseante:

Septiembre 15 de 2058: El día del fin, masivo fenómeno que podría destruir

Es que ni yo misma me quería acordar de ese día. Gritos, sollozos, gente corriendo y gente perdiéndose entre sus propias masas. Nosotros éramos de los pocos que quedábamos porque decidimos quedarnos ese día. Mi hermanita menor cumplía y su deseo mayor era pasarlo en familia. Por supuesto Papá nunca estaría, ya que siempre se encontraba trabajando. Nunca supimos que pasó con él. Aun mi madre lo espera en la entra de nuestras paredes.

Decidí empujar esos recuerdos fuera de mi memoria y con ellos el periódico, porque ya eso no pesaba importancia. Al menos no en estos momentos donde mi enfoque era mayor.

Estiré mi brazo, alcanzando lentamente el alimento mientras recorrían por mi mente imágenes de sonrisas tibias de mis hermanos. Estaba segura de que les iba a gustar esto que les traía; sabía que estarían agradecidos de mi esfuerzo.

Y eso era todo lo que quería...sus sonrisas.

Y era todo lo que pedía...un cariño dentro de este abismo de sucesos y carencias, que se nos deslizaban de las manos.

Y eso era todo lo que deseaba...hacer el más mínimo cambio, mientras caminaba regreso a mis paredes, a preparar algo que silenciara más allá que los dolores externos, el interno.

En eso consistían mis días. En amar...en vivir, y en esperar por un cambio...que pudiera no haber llegado nunca.

TERCER LUGAR CUENTO OTRAS UNIVERSIDADES

Jornada matutina

Keyra Liz Correa Angulo

Seguí el vehículo de la funeraria con la mirada hasta que dobló a la derecha al final de la calle. Desde el balcón escuchaba sollozos y palabras de aliento que rompián la rutina vespertina del miércoles. Quería unirme a los demás vecinos y darles el pésame a los familiares que se habían aglomerado en la calle frente a la entrada de la casa, pero necesitaba tiempo para procesar la noticia.

Han pasado varias semanas y todavía se me eriza la piel al recordar el recorrido de la camilla con el cadáver de doña Meche. Cuando mi esposa me dijo que nuestra vecina de al lado había muerto, sentí como si se hubiese desprendido una parte de mí. No odiaba a la señora. Tampoco la quería. Quizás no tuve tiempo para cogerle cariño.

Aunque lo intenté, de veras que lo intenté, la vecina y yo nunca pudimos congeniar. ¡No era fácil! Mi familia y yo nos mudamos a la casa contigua un fin de semana, pero no la conocí hasta el siguiente jueves. ¡Y vaya qué encuentro! Trabajo en un hospital como enfermero en el turno de 11 a 7, así es que mientras muchos conducen rumbo a escuelas y oficinas, yo manejo con destino a casa. Al llegar, solo quiero descansar por unas horas en la tranquilidad de mi hogar, mientras mi esposa trabaja y los niños están en la escuela.

Ese primer lunes en la casa me despertó una canción. El volumen era tan alto que pensé que se trataba de un vehículo de promociones que transitaba por las calles de la urbanización. El sonido entraba junto a los rayos del sol por las ventanas del cuarto, por lo que agarré la almohada y me tapé los oídos. Creí que sería cuestión de que el vehículo se alejara de mi calle para poder reanudar el sueño. Pero justo después de las tonadas finales, oí con la misma cercanía las notas que marcaban el inicio de la composición que tanto les gustaba a mis abuelos, seguidas de la voz del bolerista: *Ahí está la pared que separa tu vida y la mía... Ahí está la pared que no deja que nos acerquemos...* Me levanté de la cama y miré por las ventanas. No vi ningún vehículo de promociones ni actividad extraña. Volví a acostarme. Luego, la misma canción una y otra y otra vez. Ya estaba en posición fetal. Me dolía la cabeza. Tiré la almohada al piso. Agarré la sábana. La aparté del cuerpo. Atravesé el pasillo, crucé la sala, abrí la puerta principal y me asomé al balcón. La canción se escuchaba con mayor intensidad: *No puedo mirarte, no puedo abrazarte, no puedo besarte ni sentirte mía... mía nada más... mía nada más...* Había encontrado el origen del sonido estridente: la casa de la vecina de al lado.

Respiré hondo y cerré la puerta. Me dirigí al baño, abrí el botiquín y agarré el frasco de analgésicos. Llegué a la cocina y me serví un vaso de agua para tomar la dosis que aliviaría mi dolencia. Luego, caminé hacia la parte trasera de la casa y me encerré en el cuarto de mi hijo mayor, mitigando un poco el ruido. Inmediatamente, me tiré en la cama y al rato me quedé dormido.

Al siguiente día se repitió la historia: la misma canción interrumpió mi sueño. Miré el reloj. Las diez de la mañana. Yo solo quería dormir. Volví al cuarto de mi hijo mayor. Pasaron las horas. Otra jornada en el hospital. De regreso a casa para descansar. Las diez de la mañana. Abrí los ojos. El mismo maldito ruido me robaba el anhelado descanso. No me gusta tener roces con nadie, pero la canción de la vecina me robaba la paz. La furia me impedía cerrar los ojos. Entonces decidí quedarme despierto y ver hasta cuándo duraba el concierto para el que no compré boletos. ¡Una hora! ¡Duraba una hora! La decisión estaba tomada: hablaría con la susodicha.

Jueves. Diez de la mañana. Ruido ensordecedor. Mismo bolero. Esperé a que el concierto terminara. Entonces salí de casa y caminé hasta la verja frontal de la residencia de la vecina. Ella estaba sola en el balcón, sentada en la mecedora con una taza en la mano y el periódico en la falda. La saludé con un “buenos días” y tan pronto me vio, dejó la taza y el periódico sobre una mesita. Luego, salió del balcón, caminó un trecho y abrió el portón del jardín que colindaba con la acera.

Tengo ese encuentro bien fresco en la memoria. La mujer, quien debía tener poco más de setenta y cinco años, vestía una bata de flores blancas con fondo rosa. Una parte de la enagua crema quedaba al descubierto, resaltando sus piernas flacas. En los pies, unas chanquetas negras. Tan pronto llegó a la verja, la menuda señora de lentes gruesos y redondos hizo contacto visual conmigo y sonrió, dejando al descubierto los pocos dientes que le quedaban. Sentí que algo dentro de mí se había descompuesto: la había imaginado mucho más joven. Había resuelto que era una mujer amargada con una verruga con pelo cercana a la boca y muchas, pero muchas ganas de joder. Sin embargo, era la anciana con una de las sonrisas más dulces que he visto en la vida.

–Hola, señora. Soy Javier, su vecino de la casa de al lado –dije con sonrisa tímida al extenderle la mano derecha.

–¡Bienvenido, mijo! Por favor, no me digas señora. Llámame Meche –solicitó con voz suave al tiempo que sus arrugadas manos sujetaban la mía.

–Bien, doña Meche. He notado que le gusta la música... –la señora me interrumpió.

-Pasa, mijo. Tómate una tacita de café conmigo allí en el balcón -sostuvo mientras intentaba acomodar tras las orejas los mechones de pelo canoso que movía la brisa. En ese momento, me fijé en que no utilizaba audífonos.

-No, gracias, doña Meche. Es que después no puedo dormir. Salí hace poco del trabajo y tengo que descansar. Solo vine un momento... Eh... Me di cuenta de que le gusta mucho *La pared*.

-¡Ay, esa canción! -expresó dejando escapar un suspiro.

-Era una de las canciones favoritas de mis abuelos -compartí y los ojos de la anciana se aguaron. Me sentí angustiado, pero seguí firme en mi objetivo-. Eh... ¿Sería posible que bajara un poco el volumen?

-Bendito, mijo. Solo es un ratito -sostuvo como un ruego. Respiré hondo.

-Buen día, doña Meche -pronuncié como despedida e inmediatamente caminé de regreso a casa. Tenía emociones encontradas: por un lado, quería mandarla al infierno. Por el otro, sentía deseos de abrazarla. Esa fue la primera (y única vez) que la tuve tan cerca.

¿¡Un ratito!? ¿¡Una hora en ese suplicio y ella le llamaba ratito!? No podía creer lo que había ocurrido. La señora me escuchaba sin dificultad. Hablaba sin gritar ni escupir. Era dulce y amable. Solo había un pequeño detalle: ¡no me dejaba dormir! Todos los días, a la misma hora, doña Meche ponía a todo volumen la dichosa canción sin fallar, como si purgara una pena. Si se dijera que escuchaba el álbum completo... ¡Pero no! Solo era *La pared* una y otra y otra vez, como si se hubiera rayado el disco. *Ahí está la pared... Esa maldita pared... ¡Me estaba volviendo loco!*

Resolví que no podía seguir durmiendo en el cuarto de mi hijo. ¡Le estaba dejando mi cama a la vieja! A la segunda semana de mudarnos, a pesar de todos los gastos en que habíamos incurrido con la compra de la casa, adquirí un acondicionador de aire para la habitación matrimonial. El sonido se había ahogado un poco, pero seguía escuchando a la cabrona pared. El dolor de cabeza y el mal humor ya eran una constante en mí. Me hubiese encantado que fuera una urbanización cerrada y poder llamar a Seguridad, pero el salario no me alcanzaba para eso. Tampoco había tal cosa como una asociación de residentes. Además, al parecer el único afectado era yo: por lo que había podido observar, los vecinos de las casas aledañas trabajaban a esa hora o estudiaban. Solo otra anciana pasaba el día en una residencia cercana y se llevaba muy bien con ella a juzgar por las visitas a casa de doña Meche, pues siempre las escuchaba hablando cuando mis hijos llegaban de la escuela con mi esposa y yo los recibía en el balcón.

La situación con la vecina era insostenible. Sentado en el sofá de la sala, los nenes trataban de contarme sobre su día de clases: "Papi, mira esto". *No puedo mirarte...* "Papi, ¿me estás escuchando? Papi... Papi...". Hacía un esfuerzo, pero la cabeza se me iba sola hacia el frente. Los ojos

se me cerraban. Si mi esposa me acariciaba en la cama, la rechazaba. *No puedo abrazarte, no puedo besarte ni sentirte mía... mía nada más... mía nada más...* No era que no la deseara. ¡Necesitaba descansar todo lo posible antes de entrar al trabajo!

La tercera semana en nuestra nueva morada, la pared de doña Meche seguía imperturbable. Lo único trastornado era mi sueño. Ella continuaba igual de dulce y amable, haciendo lo indecible por agradarme durante los breves momentos en que coincidíamos en nuestros respectivos patios. Me ofrecía café con galletas, elogiaba las flores de mi jardín, les echaba bendiciones a mis hijos... Yo tenía las ojeras cada vez más pronunciadas, una migraña no diagnosticada y un agotamiento cercano a un desgaste físico. ¿Por qué esa fijación con *La pared*? A esas alturas, sabía por otros vecinos que la señora era viuda y sus hijos no la procuraban mucho. ¿Por qué ella no podía escuchar la canción en un volumen moderado? La madrugada en que fui al baño del hospital y me senté sobre la tapa del inodoro para dormir unos minutos supe que era tiempo de tomar medidas más drásticas.

Diez de la mañana. El infernal ruido de doña Meche. Llamé a la Policía. Cuando la patrulla estatal se estacionó frente a casa, sentí que mis hombros se habían relajado. Dos oficiales se bajaron. Me preguntaron qué pasaba. Apenas los podía escuchar. Forzando la voz, les conté mi agonía de cada día y les anuncié mi determinación: iba a radicar una querrela por alteración a la paz. Mis esperanzas se desvanecieron cuando los agentes me dijeron que por la hora en que ocurría el incidente, no podían intervenir con la señora. Me explicaron que si yo quería, estaba en mi derecho de radicar una querrela, y que en los tribunales se decidiría si mi vecina estaba cometiendo un delito. Desistí. No iba a llegar a ese extremo. Me recomendaron hablar con ella, pero yo no quería volver a dirigirle la palabra a mi verdugo.

Otro día. Cansancio extremo. Hora del calvario. *Esa maldita pared yo la voy a romper algún día, para que no pueda más interrumpir nuestras vidas...* Tan pronto inició la canción por segunda vez, subí al máximo el volumen de las bocinas del equipo de música ubicado en la sala para que doña Meche escuchara *Sonido bestial* repetidamente. Estaba decidido a romper ese maldito ciclo. Pensé que la vecina apagaría el radio, pero no lo hizo. No cejaba. Yo tampoco. Así es que ese martes el bolero y la salsa se enfrentaron de tú a tú por cerca de una hora. Concluido el duelo, el dolor de cabeza era insufrible, pero sentía que la satisfacción me llenaba el pecho. En la tarde, cuando mis hijos llegaron de la escuela, escuché a doña Meche hablando con la otra anciana.

El miércoles a las diez de la mañana esperé con los ojos abiertos, acostado en la cama, a ver si mi ofensiva había tenido efecto. Diez y cinco. Nada.

Diez y diez... diez y quince... ¡Ni rastro de la pared de doña Meche! Sonreí. Respiré aliviado y cerré los ojos. ¡Al fin había ganado la guerra! Por primera vez en tres semanas pude dormir bien.

Después de unas buenas horas de descanso, desperté contento y sin dolor de cabeza. Compartí con los nenes, conversé con mi esposa, jugué con el perro. Me sentí aliviado. Al rato, mientras me duchaba, mi esposa entró al baño. Me dijo que algo pasaba en casa de doña Meche y se fue a la residencia de la señora. Me vestí rápido y me asomé al balcón. Vi una actividad atípica frente a la verja de la anciana. Mi esposa regresó pasados unos minutos y me anunció que la vecina había muerto. Al escucharla, un extraño frío me recorrió el cuerpo. Me tapé la boca con la mano. Se me nubló la vista. Más tarde, llegó el vehículo de la funeraria.

Semanas más tarde, me enteré por boca de unos vecinos de los resultados de la autopsia realizada a doña Meche: murió por causas naturales. Varios miércoles han transcurrido desde la muerte de mi vecina y todos los días, a las diez, me siento ansioso. Despierto creyendo escuchar *La pared*. Jamás pensé que diría esto: extraño a doña Meche.

PRIMER LUGAR TEATRO COMUNIDAD

La sed de las cenizas

Susie Medina-Jirau

Escena 1

En el escenario una barra, algunas mesa, parejas y personas ubicadas en ambos lugares. La luz es tenue. Se escucha la canción “Nosotros” del Cubano, Pedro Juncos, interpretada por Los Panchos. Del lado derecho del escenario, entra Sylvia acompañada por Lola, su mejor amiga.

SYLVIA: Lola, creo que sería mejor haberme quedado en el apartamento.

LOLA: Pero chica, ¿qué te pasa? Me parece que el ambiente aquí es agradable.

SYLVIA: No sé, tengo una inquietud que no puedo describir.

Ambas caminan hacia la barra y se acomodan en unos “stools” disponibles.

LOLA: Mira, ahí está Jimmy. Mmm, siempre me ha gustado. Me provoca saber cómo será en la cama. Me comentaron que es muy pasional, así como me gustan.

SYLVIA: Por favor Lola, controla tus alborotadas neuronas.

LOLA: Ay chica, por eso es que estas tan sola, atada a los recuerdos. Siempre leyendo y escribiendo tu poesía. Tienes que darle gusto a tu cuerpo, la vida es una sola. ¡Vive!

(De una de las mesas, donde tres amigos comparten, se levanta Jimmy y se dirige hacia Lola).

ANTONIO: ¡Hola! Que agradable sorpresa encontrarte. Te parece si salimos a la terraza? Me gustaría que charláramos para recordar viejos encuentros.

LOLA: Eh. Claro viniendo de ti la invitación, no la puedo rechazar. Chao amiga, te veo luego. (Le susurra al oído de Sylvia) Recuerda... ¡Vive!

(La música continúa, pero se escucha a lo lejos en un volumen muy bajo. Al extremo izquierdo de Sylvia se encuentra un hombre de mediana edad, ausente de su piel, sorbiéndose a sí mismo en una copa. Sylvia lo observa durante unos segundos y le dice):

SYLVIA: Hola. Carlos? Me recuerdas. Estuvimos en el mismo colegio. Participábamos en la lectura de poesía. (Él no responde la mira desconcertado).

CARLOS: ¿Qué? Sigues pensando que los versos te redimen o te salvan? Qué cosa tan estúpida. ¡Por favor!

SYLVIA: Disculpa, no es mi intención incomodarte, es solo que esa ha

sido mi experiencia y créeme, creo que he estado donde tú estás. Pero... si deseas puedes hablarme de eso que te está consumiendo. Conozco el dolor en el iris de tus ojos, esa lágrima negra oculta tras tus parpados, ese vacío desolador en tu mirada.

CARLOS: No me digas que además eres psicóloga.

SYLVIA: No hombre. Lo que pasa es que creo que tú y yo hemos ido en la vida por caminos diferentes, pero paralelos. A veces, lo único que necesitamos es desahogarnos. Yo, lo hago escribiendo.

CARLOS: Como sé que jamás volveré a ver y porque no quisiera irme sin sacármelo del sistema, te contaré.

SYLVIA: ¿Irte? ¿Entonces piensas viajar? Creo que ya que no le das méritos a la poesía, como ente salvador, un cambio de ambiente te ayudará.

CARLOS: ¡Jah, qué lejos de mi realidad! Mira, siempre soñé que en algún momento de mi vida encontraría la persona ideal. Aunque no lo creas, he sido muy cuidadoso y selectivo al momento de escoger compañía.

SYLVIA: Entonces...si encontraste a la persona ideal. Me alegro por ti, muy pocos o ninguno la encuentran. Idealizamos, cuando realmente somos tan imperfectos.

(Haciendo ademán indica al bartender que traiga otra ronda. El bartender trae un trago y una cerveza, Carlos lo toma de dos sorbos y pide otro).

CARLOS: La conocí en un viaje de negocios a La Florida. Me cautivó desde el primer momento. Me enamoré tan ciegamente que dejé mi trabajo de 15 años para irme con ella. Los dos primeros años tuvimos una relación muy intensa. Conseguí trabajo y nos mudamos a un apartamento pequeño, pero acogedor.

SYLVIA: Pero... eso me parece muy bien. ¿Qué pasó que todo cambió?

Escena 2

Oscuro toral. Cuando sube la luz vemos un cuarto, una mesita de noche y algunos otros artículos. En la cama en ropas ligeras, Roselyn y Antonio, esposa y hermano respectivamente de Carlos. Entra Carlos abalanzándose sobre Antonio.

CARLOS: Roselyn, Antonio, pero... que demonios pasa aquí? ¿Cómo han podido hacerme esto?

ANTONIO: Hermano yo....cálmate y te explico, fue ella, ella me sedujo.

CARLOS: Maldito desgraciado, después que te he acogido en mi hogar para que los Viejos no sufrieran el verte preso. Eres un infeliz. Y tú,

Roselyn mereces que te mate, desgraciada.

(Carlos agarra a Antonio por el cuello y comienza a golpearlo enfurecido, Roselyn le grita que lo deje y se acerca para tratar de detenerlo. Carlos la empuja y ella cae al suelo).

CARLOS: Maldita, acabaré con los dos.

(Ella sale corriendo del escenario. Carlos deja a Roberto inconsciente en la cama y comienza a llorar.) Oscuro total.

Regreso a escena 1

En la barra. Carlos se levanta angustiado haciendo ademanes, toma el stool y lo golpea fuertemente contra el piso luego da un puño sobre la barra.

SYLVIA: Dios, que fuerte lo que has vivido. Lo mejor que hiciste fue alejarte de ellos.

CARLOS: Maldita suerte la mía. Mi vida es una agonía, he perdido la paz, maldigo la hora en que la conocí y al maldito infeliz de mi hermano. Mis noches son un infierno, un verdadero infierno.

(Las personas en el bar lo miran y murmuran entre ellos).

SYLVIA: En verdad lamento que hayas pasado por eso. Imagino como debes sentirte. ¿Pero... que hiciste? ¿No me digas que lo mataste y andas huyendo?

CARLOS: No, pero me arrepiento de no haberlo hecho. Él estuvo en el hospital varias semanas de la paliza y ella salió huyendo. Es lo que en realidad se merecían, esos desgraciados hijos de puta. La estuve buscando durante meses. A ella le di todo lo que tenía y más, como perro faldero por el amor que le tengo y a él, coño, le abrí las puertas de mi casa, era mi hermano. Finalmente decidí regresar a la Isla.

(Termina el trago y pide otro)

SYLVIA: Creo que tomaste la mejor decisión. Todo pasa con el tiempo. Ya encontrarás el amor otra vez. Y toda esa pesadilla habrá quedado atrás.

CARLOS: No será tan fácil. No puedo arrancarme esa imagen de mi mente, ni a ella del corazón. Me siento perdido, atrapado, hecho cenizas.

(Se toma el trago, pide otro y recuesta su cabeza en la barra. Sylvia hala el stool tan cerca de él como puede y le dice)

SYLVIA: Sabes, hay veces en que creemos que estamos atrapados, en que las noches nos parecen un agujero al acecho. Debes buscar ayuda, el alcohol no es buen consejero.

(Ella le levanta la cara con ambas manos, y mirándolo a los ojos le recita

el siguiente poema)

*Es necesario
darle alas a las sombras
sacudir la sierpe
que acecha el filo de la cordura
el dolor es un espejismo con antifaz.
La palabra aplaca la fiebre de la tea
cuando las cenizas tienen sed.*

(Ambos guardaron silencio por varios segundos. Sylvia, coloca sus manos en la cara de aquel hombre, él la mira y ella lo besa con ternura. Ella se retira del escenario. Oscuro lento).

Escena 3

En una pequeña cocina, hay una estufa de tope, y una mesita de comedor con dos sillas. Sylvia, pone a colar un café, y suena el timbre. Camina hacia la puerta y la abre.

LOLA: ¡Buenos días amiga. ¿Y esa cara? ¿Qué diantre te pasa?

SYLVIA: Mira Lola, en verdad que estás brutal. No me digas que pasaste la noche con Jimmy.

LOLA : (Riendo a carcajadas) ¿Y... tu qué crees? El tipo está buenísimo y galopa como caballo desbocao. Fue una noche de esas que solo se vive una vez. Vengo livianita (Alargando la “i”).

SYLVIA: Mira amiga, te quiero un montón, pero en verdad no sé cómo puedes.

LOLA: Te cuento que hicimos el amor unas tres veces. El tipo no se cansa y yo que estaba ansiosita, ya sabes, ni una sola queja. Además, te cuento que cuando me desperté ya tenía la tina preparada con velas y burbujas y el desayuno servido. Ah. Me sentí como Julia Roberts en la película, Lady in red.

SYLVIA: ¡Por Dios, cállate! No seas tan explícita. No me interesan los detalles. Un día de estos vas a pasar un mal rato como sigas así tan ligerita, o te va a pasar algo peor.

LOLA: Mira hija, la que tiene que ponerse al día eres tú. Creo que debes tener un alto nivel de fósforo es ese cerebro. Si no lo dejas salir, un día de estos vas a coger fuego. (Se ríe a carcajadas).

Sylvia: Discúlpame, es tu vida y tú la vives a tu manera, pero yo no puedo vivirla así de manera tan superficial. Conoces bien por lo que he pasado y me tomará mucho tiempo recuperarme.

Lola: Sí, ya sé. Me apena que vas a envejecer antes de recuperarte. Para entonces amiga, ya no podrás ni leer ni escribir y tampoco

recordarás como masturbarte. Pero... no me has contado.

Sylvia: Contarte qué.

Lola: No te hagas. Cuando me iba con Jimmy te vi conversando muy pegadita con aquel tipo que estaba sentado junto a ti, y... no se veía nada mal.

Sylvia: Sabes, me identifiqué con él, o mejor dicho con su dolor. Espero que el haberse desahogado conmigo al contarme su historia lo haya ayudado a sentirse un poco mejor. Sé que al igual que nosotros, hay tantos que también conocen cuando es ciega la vigilia y sorda la noche, cuando las cenizas tienen sed.

Lola: Entonces ... ¿sí pasó algo entre ustedes?

Sylvia: Me inspiró tanta ternura que al despedirme le leí un poema y lo besé.

Lola: Eso es un buen comienzo. A lo mejor lo vuelves a ver y sales del celibato ese que llevas hija. No me digas que ni siquiera te dio cosquillitas?

Sylvia: ¿Cuándo será que tomes las cosas con seriedad? Ya te dije que solo me inspiró ternura.

Lola: Ay tú, mientras sigas con tu poesía vivirás sumergida en la tristeza. Tienes que involucrarte en otras actividades que sean más enérgicas y alegres. Salir a bailar, conocer gente, compartir, pasar una noche loca. (Mientras lo dice, bailotea por el escenario. La cafetera emite su gargareo).

Sylvia: Ay mira, siéntate vamos a tomarnos un café.

Lola: Buena idea, necesito levantar las energías. Ahhh. (Suspira) Estoy gozosa, pero agotadita. Me ayudará la cafeína. (Ríe).

Sylvia: ¿Que traes en tu bolso, es el periódico de hoy? ¿Me dejas verlo?

(Al ver la noticia de primera plana, horrorizada Sylvia se levanta, deja caer el periódico y comienza a llorar desconsoladamente)

Lola: Por Dios, que te ocurre. Cálmate, chica, cálmate. Dime qué te sucede.

(Al lado derecho del escenario aparece el cuerpo sin vida de Carlos. Una música fúnebre se escucha. Sylvia cae estremecida y afectada. Mientras, Lola llorosa y consternada, lee en voz alta en el periódico).

Lola: “En la mañana de hoy, en el área cercana al Restaurante El Náufrago, se encontró el cuerpo de un hombre que no pudo ser identificado. En su bolsillo había una nota que leía: “Los demonios se han tragado la luz de mis luciérnagas”.

(Sylvia llora desconsolada tirada en el suelo. Ambas amigas se abrazan. La luz del escenario se va opacando lentamente mientras se escucha el repique de unas campanas, acompañadas de una música triste. Comienza a caer sobre ellas una lluvia de cenizas y papeles con trazos de poesía,

Lola se aparta y la observa asustada y Sylvia entre llanto y sollozos desplegándose por el escenario comienza a sacudirse las cenizas y a recoger los papeles del piso, los aprisiona contra su pecho y comienza a decir).

Sylvia: Escribo para darle alas a las sombras, para evitar que los demonios me

arropen. Escribo para opacar la sed de las cenizas, para opacar la sed de las cenizas.

Se queda arrodillada llorando)

(Se oscurece el escenario).

Fin de la obra.

SEGUNDO LUGAR TEATRO COMUNIDAD

Naqeli

Zugeily Torres Díaz

Personajes:

1. Narrador
2. Natshimsi (Hija de Daemyn/Estrella Polar)
3. Elsu (Chamán de la tribu *tingit*)
4. Daemyn (Jefe de la tribu *tingit*/Padre de Natshimsi)
5. Guerreros de la tribu *tingit* (cinco a ocho hombres)
6. Kenoyt (Antiguo jefe de la tribu *eyak*/Amor verdadero de Natshimsi/Sol de Medianoche)

Primer Acto:

Narrador: Desde el antepasado, las leyendas nativas de Alaska han influido de una forma fundamental y sustancial en las costumbres y las tradiciones de los ciudadanos de «la última frontera norteamericana». Una devoción hacia las culturas heredadas por los ancestros de las tribus norteamericanas, dominando las narraciones de crónicas y leyendas alaskañas que han dejado huellas y marcas atávicas, manteniendo intacta la vivacidad, el dinamismo, la energía, y la intensidad de los relatos del pasado en los sucesores de la modernidad.

[Al comenzar la obra, una luz tenue, dorada y áurea estará enfocando e iluminando al narrador quién estará sentado en una banqueta rústica, y ahí esperará alrededor de diez segundos para proseguir con la narración. El narrador será un caballero que represente los rasgos de un hombre perteneciente a la tribu de los nativos-norteamericanos que ha alcanzado una edad aproximada a la edad adulta mediana. Las características faciales del narrador deben ser similares a los nativos-norteamericanos, tales como: piel cobriza, ojos oblicuos, cabello lacio y oscuro, nariz recta y alargada y constitución robusta. Las vestimentas del narrador serán modernas de acuerdo al siglo XXI (21), para así demostrar que estas memorias fueron heredadas de las anécdotas de generaciones pasadas de los nativos-norteamericano, y así el público podrá notar que está relatando y describiendo un hecho relacionado a la formación de esta genealogía procedente de la antigüedad.]

Narrador: En la tribu nativo-norteamericana de los indios *tingit* existían tres tipos de dialectos reconocidos entre este grupo indígena de Alaska, tales como: *atabascanas*, *dena'ina* (tanaina) y *na-dené*. Este pueblo amerindio habitaba en el sureste, justo en el corazón de Sitka, las islas de Baranof, y una zona apartada del Bosque Tongass.

[En el interior del escenario se proyectará una inmensa imagen del mapa geográfico de Alaska, resaltando las áreas en donde habitaban los indios *tingit*. El escenario se oscurecerá similar a los cinemas solo destacando la fotografía de este estado. Esta secuencia le dará la oportunidad al narrador de levantarse de la banqueta rústica, para luego proseguir con la siguiente descripción de una leyenda ancestral poco conocida en el mundo y por los alaskaños.]

Narrador: Según los ancestros estas lenguas se unieron formando un idioma único y romántico, guardando el secreto de una leyenda otoñal del amor incondicional entre sol de medianoche y la estrella polar que escondieron sus espíritus humanos a través del crepúsculo civil, en donde solo estos amantes se podían amar con pasión pocos minutos al día en esta precisa temporada entre el sol, el día y la noche. Antes que la oscuridad los alejara a puntos distantes de Alaska, la brújula determinaba la época y el período de ese encuentro vehemente, contemplándose estos enamorados a través de la distancia en las estaciones de primavera, verano e invierno.

[La luz dorada y áurea iluminará otra vez al narrador, quién caminará a una escena seguido por esta irradiación tenue, y así relatará esa leyenda otoñal-ancestral entre el sol de medianoche y la estrella polar. En esta escena se demostrará dentro de un *wing wag* (bohío de piel disecada de bisonte) una joven nativa *tingit* de trece años y un *el'egen* de la tribu (chamán) que leerá el futuro de esta chica teniendo contacto con los ancestros boreales, observando el iris de sus ojos como portal directo, puro, y noble del alma y el corazón de ella. El narrador se dirigirá detrás de esta escena y se integrarán dos actores: un hombre entre la senilidad avanzada y una adolescente. Ambos actores interpretarán un diálogo que influyó en la juventud humana de la estrella polar.]

Elsu: ¡Oh, mi niña mimada! ¿Tienes curiosidad acerca de tu futuro en la tribu? A tu padre no le agrada estas cuestiones de conocer acerca de lo que sucederá más allá entre el horizonte del mañana, pero esos radiantes ojos avellanados llenos de esperanza y fe inocente reflejan que tu ánima indomable está inquieta por saber sobre el tiempo que va a llegar, y no te conformarás con una simple respuesta a todas tus interrogantes.

Natshimsi: ¡Solo será un secreto entre ambos! Mi padre no sabrá que estuve en tu *wing wag* para preguntarte acerca de mi futuro. Que *adada* (padre) no espere que esta incertidumbre se controle una vez deje la etapa de la adolescencia. No puedo aguardar más tiempo para saber que ocurrirá en mi vida adulta, si encontraré el amor más allá de este territorio nativo, y si envejeceré junto al verdadero amor.

Elsu: Si alguien de la tribu nos delata y le llegara a decir a Daemyn que te observaron cuando arribaste a mi morada sin permiso, se complicará el

panorama para ambos, y sabrás que lo próximo que sucederá sería un castigo para este pobre viejo chamán siendo desterrado de su pueblo innato. ¿Segura de que nadie en la tribu te vio entrar aquí y de que tu padre no extrañara tú presencia?

Natshimsi: Te aseguro que nada te sucederá. Aunque mi padre sea el jefe de la tribu *tingit* me aseguraré de que no te destierre de nuestro pueblo, si eres un ser importante en este clan, y tu presencia y bienestar es primordial para mí. He crecido con tu compañía desde que mi madre falleció el día de mi nacimiento, y has estado en los mejores momentos de mi vida como un fiel y leal amigo.

[Elsu se levanta con dificultad, sosteniéndose de un bastón rusticó tallado a madera con diferentes trazos de animales ancestrales de Alaska, y así abraza a Natshimsi en agradecimiento al saber lo importante que era él en su supervivencia nativa. Las vestimentas de Elsu y Natshimsi serán similares e iguales representando a los nativos-norteamericanos del antepasado. Se mantendrá la misma escena del interior del *wing wag* de Elsu, dando paso a la lectura del futuro de Natshimsi a través del iris de los ojos, también se incluirán otros personajes en este acto representado a los guerreros nativos-norteamericanos de la tribu *tingit*, y al actor que caracterizará a Daemyn, el jefe de este grupo y padre de Natshimsi. Los personajes que personificarán a los guerreros *tingit* llevarán vestimentas de invierno que consiste en: pantalones largos y abrigos en piel de bisonte disecada, así también de sus espaldas colgará un saco con un arco y varias flechas. Sin embargo, el intérprete de Daemyn poseerá un vestuario diferente a los guerreros *tingit*, representando al jefe de la tribu y basándose en: un tocado en plumas estilográficos, abrigo en pelaje disecada de oso Kodiak, y zapatos preparados en cuero de alce.]

Elsu: ¡Espíritus ancestrales que viajan en la línea del tiempo, más allá de las auroras boreales y el horizonte crepuscular! ¡Almas que todo lo pueden ver, sentir y predecir cuando los invocamos! ¡Este chamán de la tribu *tingit* les ruega, les implora y les suplica que a través del iris de los ojos de Natshimsi, le revelen a este anciano que sucederá con ese futuro incierto que tanto la inquieta!

[Se utilizarán diferentes efectos visuales para representar a los espíritus de los ancestros, añadiendo luces de colores fosforescentes y fluorescentes, para así lograr el reflejo semejante de tonalidades, gamas y pigmentos iguales a las auroras boreales. Elsu levantará su rostro y sus manos mirando hacia el firmamento, el universo y las estrellas realizando algunos ademanes en forma de ruego hacia los ancestros. Natshimsi continuará con la parte del diálogo intranquila por saber que le revelaron los ancestros a Elsu acerca de su futuro.]

Natshimsi: ¿Qué te revelaron los ancestros acerca de mi futuro?

[Ambos actores que interpretarán los personajes de Elsu y Natshimsi harán una pausa de cinco segundos, agregándole un poco de intriga y de tensión a la trama de la escena de la revelación del futuro de esta joven nativa por medio de la invocación de los ancestros, y así el chamán le tratará de decir que sucederá con su destino inmediato.]

Elsu: ¡Paciencia, Natshimsi! Los ancestros me indican que tu futuro no puede ser revelado porque...

Natshimsi: ¿Por qué no puede ser revelado mi futuro? ¿Acaso los ancestros boreales no ven, sienten y predicen el destino de los nativos *tingit*?

Elsu: Es ese mismo destino el que no permite que tanto este viejo chamán como los ancestros boreales podamos ver, sentir y predecir tu futuro. Solo me revelaron una palabra antigua.

Natshimsi: ¿Cuál palabra antigua, Elsu?

Segundo Acto:

En el segundo acto aparecerá un personaje importante en el destino y la vida de Natshimsi. Este personaje conoce muy bien la historia del futuro Natshimsi, y teme que el mismo sea revelado por los ancestros boreales y Elsu. Habrá enfrentamiento, la revelación de un secreto, y un conflicto que deteriorará la confianza y la amistad de años entre Daemyn y Elsu. El destino de Natshimsi debe cumplirse y ese futuro tan temido por el jefe de la tribu *tingit* no podrá evitarse ni mucho menos postergarse. Se mantendrá la misma escena del *wing wag* de Elsu y se incluirán como mínimo de cinco a ocho hombres como extras que caracterizarán a los guerreros del clan *tingit*.

Continuación de la escena dentro del *wing wag* de Elsu:

[Dentro del *wing wag* de Elsu aparecerá Daemyn de forma repentina acompañado por guerreros de la tribu *tingit*, reclamándole por haber desobedecido sus órdenes, quebrantar las reglas específicas del clan, incumplir con su promesa, sobrepasar su autoridad e invocar a los ancestros boreales para revelar el futuro a Natshimsi.]

Daemyn: ¿Por qué rompiste la promesa de no invocar los ancestros boreales para revelar el futuro a Natshimsi?

Elsu: Es solo una joven y ambos sabemos que Natshimsi no puede escapar de su destino. Los ancestros boreales me lo han revelado y lo he visto a través del iris de sus ojos. No puede escapar de su futuro por más que tratemos de evitar este suceso y postergar este acontecimiento. Está escrito en su genealogía, corre por sus venas y está marcado en su sangre. No podemos hacer más nada que esperar que el tiempo siga su transcurso.

Daemyn: ¡No puedo resignarme! ¡Es mi hija! Haré todo lo posible por salvarla de ese destino, así tenga que alejarla de ti que traicionaste mi confianza, y tenga que batallar con los ancestros boreales.

[En esta escena Natshimsi observa con asombro y desconcierto la discusión entre Daemyn y Elsu, sin entender nada al respecto de lo que está sucediendo, y el por qué su padre está tan molesto con la revelación del futuro de su hija. Reacciona alterada para llamar la atención tanto de Daemyn como de Elsu que le deben una explicación de su destino.]

Natshimsi: ¿Qué sucederá en mi destino que ambos están tan alterados? ¿Qué revelaron los ancestros boreales acerca de mi futuro? ¿Tan nocivo será el saber qué sucederá en ese tiempo inmediato hasta el punto de enfrentarse ambos?

[Daemyn mira a su hija Natshimsi con coraje, le ordena que haga silencio, y deje de preguntar acerca de su futuro. Le reclama una vez más a Elsu por haber roto su promesa de no revelar el destino a Natshimsi. Por seguridad y protección de su única hija de aquel futuro temido por él destierra a Elsu del clan de los *tingit*. Obliga a los guerreros de la tribu a alejar a su hija de Elsu, pero Natshimsi forcejea en vano para evitar que ese único amigo sea alejado de ella por una tonta revelación de su destino, y la ira descontrolada de su padre.]

Daemyn: ¡Basta ya, hija! En cuanto a ti, Elsu... te destierro del clan de los *tingit* por haber roto una promesa de muchos años y desobedecer mis órdenes.

Elsu: ¡No lo podrás evitar, Daemyn! ¡Siempre te recordarás de mí y este día! ¡Te lamentarás de haberte ido en contra de este viejo chamán y los ancestros boreales! ¡Tú peor castigo será ver como ese destino que tanto tratas de evitar se lleve consigo a Natshimsi, y ahí sí que ni tus guerreros ni fuerza de voluntad te ayudarán cuando te arrepientas de los que has dicho!

[Elsu muy dolido porque fue desterrado de su clan, confiesa la palabra antigua que le revelaron los ancestros boreales con respecto al destino de Natshimsi, y esta acción altera aún más a Daemyn. Cuando Daemyn va a atacarlo para evitar que su hija escuche esa palabra, este viejo chamán se transforma en un búho, y desaparece para siempre de la vida de Natshimsi.]

Elsu: ¡Natshimsi! ¡Natshimsi! ¡Natshimsi! La palabra antigua que revelaron los ancestros boreales sobre tu destino fue...

Daemyn: ¡No te atrevas, Elsu!

[En esta escena Daemyn trata de atacar a Elsu apuntándole con una flecha del saco que le arrebató a unos de los guerreros de la tribu *tingit*, para evitar que le revele esa palabra antigua del destino de Natshimsi, sin embargo, este viejo chamán es más audaz, y se transforma en un búho echando vuelo en las profundidades del anochecer boreal.]

Elsu: ¡*Naqeli!* ¡*Naqeli!* ¡*Naqeli!*

Natshimsi: ¿Qué significa *Naqeli*?

Elsu: ¡Debes descubrirlo mi niña mimada!

Natshimsi: ¿Cómo puedo descubrirlo, Elsu?

Elsu: ¡Tu destino te guiará, Natshimsi! ¡De eso no hay duda!

[Se paraliza la escena por unos segundos con todos los autores. El narrador vuelve a reaparecer mientras cruza el escenario en esta misma escena y expresa unas breves palabras.]

Narrador: Natshimsi tenía en sus manos el descubrir su destino sin la ayuda de su fiel amigo Elsu. Jamás volvió a saber acerca del paradero de este viejo chamán. En su interior sabía que este con el pasar de los años fallecería por su avanzada senilidad. Daemyn alejó a Natshimsi de todo contacto humano, teniendo que ser acompañada en todo momento por un guerrero de la tribu *tingit*, pero lo que no sabía este padre preocupado es que su mayor inquietud se cumpliría de una forma cabal.

Tercer Acto:

Narrador: Han transcurrido varios años, Natshimsi ya no es aquella ingenua adolescente de trece años, ahora es una mujer que ha luchado contra las adversidades por descubrir el significado revelado por los ancestros boreales, y definir su propio destino sin la intervención de Daemyn. En el interior del Bosque Tongass se ha ocultado para escapar de la absurda sobreprotección y vigilancia constante de su padre. Ahí ha encontrado un hogar sereno y tranquilo lejos del clan de los *tingit*, no obstante, durante todo este tiempo ha continuado con esa actitud obstinada con respecto a saber la relación del vocablo *Naqeli* en ese futuro el cual espera poder conocer. Lo que desconocía esta joven adulta era que justo en esta floresta que adoptó como su nuevo hogar, sería el punto de partida de su destino, precisamente en la época de otoño, y así descubriría la importancia de la palabra *Naqeli* en su vida y la existencia del entorno alaskaño.

[El personaje de Natshimsi esta vez será personificado por una dama adulta de edad aproximada a los diecinueve años. Estará vestida con un *parka* (abrigo utilizado en otoño-invierno) y botas del mismo material. Para crear la escena del tercer acto se utilizarán varias arboledas de pinos, sauces y herbáceas perennes (*fireweeds*) que reflejarán el entorno verdadero de una taiga o el Bosque Tongass. En el suelo del escenario se trazará un camino exacto utilizando hojas coloridas de maples y se acumularán varias frondas representando así la época de otoño. El narrador continuará con la descripción, mientras la actriz que personifica a Natshimsi adulta estará caminando de forma pausada hasta el mismo centro de esta escena, y en donde se encontrará con su verdadero destino.]

Narrador: Lejos en el cielo vespertino, Natshimsi divisó que los rayos del sol iluminaban solo el área del bosque en donde estaba parada, y que los demás lugares de esta taiga estaban cubiertos por sombras del atardecer.

Desde el firmamento del crepúsculo civil, una silueta de un humano se acercó hacia ella, viendo desde el aire como un hombre joven y adulto con vestimentas similares extendía sus manos para que las agarrara, tocando así el suelo firme de este bosque justo en frente de esta dama asombrada. A su vez, este caballero reflejaba un color tenue entre las amalgamas: naranjas, rojas, plateadas y azul cielo, igual a los magníficos y majestuosos ocasos de Alaska. En ese mismo suceso, Natshimsi y Kenoyt se enamoraron a primera vista el uno del otro, pero en las facetas del amor a veces creemos que no somos capaces de hacer ciertos sacrificios, y así dejar de ser un elemento para proteger y unir todo un pueblo o hasta la humanidad completa. Por ende, Kenoyt le confesó a Natshimsi el verdadero motivo de su aparición en esa precisa taiga de Tongass, y por qué ella era parte esencial e importante de ese encuentro boreal.

[El actor que caracterizará el personaje de Kenoyt estará vestido con un *parka* similar al de Natshimsi pero para caballeros y botas del mismo material. Cuando aparece por primera vez ante los ojos de esta dama adulta, el actor que personificará a Kenoyt bajará desde el techo del escenario agarrado por amarras de alpinismo desde la cintura y con la ayuda de un profesional en esta materia, para así representar la escena que revela su imagen a través del crepúsculo civil. Para reflejar los colores del cuerpo del actor en la escena en que Kenoyt se manifiesta en el firmamento se utilizará *body painting*. Por último, cuando se presenta el personaje de Kenoyt en esta escenografía el narrador regresará detrás del escenario, y se dará paso a la última escena y diálogo del tercer acto culminado con esta breve obra teatral.]

Kenoyt: Soy el espíritu de un antiguo jefe-guerrero de la tribu *eyak*. Al morir antes de tiempo, los ancestros boreales me salvaron, pero a cambio debía de cumplir con una promesa una vez encontrara una compañera para compartir esta misión ancestral. Mi amor verdadero sería una dama de otro clan, mi alma gemela y mi mitad eterna. Sería la estrella polar y yo el sol de medianoche, uniendo así tres lenguas románticas en el futuro de Alaska.

Natshimsi: ¡Eres mi *Naqeli!* El destino al que tanto le temió mi padre Daemyn, el rumbo que Elsu trató de revelarme cuando era adolescente, y el futuro que los ancestros boreales tenían preparado para mí. Un destino que quisiera cumplir siempre sea a tu lado y más allá de los horizontes.

Kenoyt: Un camino en tres lenguas románticas: *atabascanas, dena'ina y na-dené*. Porque en *Naqeli* no enamorados perdidamente, y esa palabra otoñal presenció nuestro amor incondicional.

[Fin de la obra teatral breve. La actriz y el actor que personificarán los roles de Natshimsi y Kenoyt en sus facetas de jóvenes adultos pasarán detrás de escena como símbolo de que desaparecieron en el horizonte junto

con su amor eterno. Luego, se bajará el telón y tres minutos después se presentarán los actores que fueron parte de la obra teatral breve: *Naqeli*.]

TERCER LUGAR TEATRO COMUNIDAD

El viaje

Pedro Juan Ávila Justiniano

La escena tendrá una mesa de cafetín con dos sillas al centro derecho del escenario. Sobre la mesa, unas botellas de ron y cervezas. Una bombilla solitaria pende del techo en un largo cordón. Asimismo, en esa área, sobre la tierra, un pequeño tronco. Al lado izquierdo del escenario, un camastro colocado en forma vertical, ligeramente inclinado hacia atrás. Al fondo del camastro, unas paredes y un techo de ramas de árboles. Habrá rastros de arena en el suelo.

Al comienzo, música de bachata a un volumen alto. Nacho, sentado en una de las sillas del bar, bebe de una botella, ya algo desfallecido por la borrachera. Cuca Gasolina, una prostituta escandalosamente maquillada, con un vestido tan corto que muestra su escasa ropa interior, baila con un borracho. Al terminar la música, se acerca a Elsy, otra de las “muchachas anfitrionas” y comenta;

Cuca- ¿Te has fijado en Nacho? Parece que quiere acabar con to el ron de la barra.

Elsy- Sí, mana. Y no hay quién se le acerque. Está que muerde. Él, que siempre está encabronao, imagínate ahora con esa juma.

Cuca- Me gusta el mamao ése, es un macho que sabe montar y galopar de verdad.

Elsy- Pero es amigo de soltar la mano y a veces el puño también. Siempre que sales con él vienes toa achichoná.

Cuca- Pero suelta los wachingtones como maní...Sin embargo, esta noche ni pa' allá voy a mirar.

Elsy- Algo le habrá pasao que está así. ¿No te imaginas?

Cuca- Debe ser por causa de la mujercita, la enfermerita. Sigue enchulao de esa mujer, aunque se divorciaron hace tiempo.

Elsy- Como si fuera tan linda, la enana ésa. Es tan fisna que un día de éstos se parte.

Cuca- Si no la parte el primero, porque genio y cojones no le faltan.

Elsy- Qué pendejos son los hombres, habiendo tanta carne buena, se empeñan en puñetearse la vida.

Cuca- Mira deja de seguir chachareando que el jefe nos está mirando. Voy a entretener un poco a Miguelo, a ver si suelta aunque sea un par de pesos. Esta noche esto está flojo.

Elsy- Yo voy pal' baño que me estoy meando.

Ambas se pierden en la oscuridad. Una luz rojiza cae sobre Nacho. La figura de Rubén, vestido de blanco aparece por el fondo derecho. Cesa la música de bachata. Rubén, un personaje misterioso, imperceptible para los demás personajes, excepto para Nacho, se le acerca. Una luz indirecta y muy tenue lo acompaña como un aura resplandeciente. Escucharemos un sutil sonido cristalino.

Rubén- Buenas noches, amigo.

Nacho-(Sin levantar la cabeza) Si lo que quieres es darte un palo, coge la caneca, dátelo y vete. Déjame solo.

Rubén- (Moviéndole suavemente el hombro) Al fin te hallé. Bebiendo como un vulgar alcohólico.

Nacho- (Levantando la cabeza para reconocerlo.) ¿De dónde carajos saliste? Pensaba que estabas muerto. Hasta traes ese raro olor a felpa de ataúd.

Rubén- Lo estoy, bien lo sabes. Me enviaron de allá para acompañarte en el viaje que tendrás que hacer esta noche.

(Nacho endereza su cuerpo para observar mejor a su viejo amigo. Una brisa helada azota su rostro y empieza a temblar por el súbito frío que lo invade.)

Nacho- Aléjate de mí, carajo. Has traído un frío que aúlla en mis huesos como un lobo en celo.

Rubén- Necesitas hablar conmigo, antes de que ese nubarrón del cielo se convierta en aguacero.

Nacho- ¿Dónde me vas a llevar?

Rubén- Quiero que me acompañes a mi nueva casa.

Nacho- ¿Dónde? ¿Será a ese cofre lleno del puñado de cenizas en que te convirtieron.¿ En serio?

Rubén- Te equivocas. Mi casa está montada sobre una dura roca frente al mar, como fue siempre mi deseo. Madrugo a zambullirme en el mar a coger una que otra langosta, aunque ya no me las puedo comer.

(Nacho se levanta sorprendido, toma un poco de cerveza y trata de tocar inútilmente la camisa blanca y ancha de Rubén; se tambalea por lo que tiene que sujetarse de la silla.)

Nacho- Me has encontrado en este apestoso refugio que juré no volver a pisar, rodeado de putas, escapando de mí mismo, de mis brutalidades, de mis loqueras. Déjame y vuelve a tu mundo de cristales, sin los castigos de este infierno en que vivo.

Rubén-Sé lo que te pasa, pero muy pronto terminarán tus preocupaciones.

Nacho- No me pasa nada, ve y aparécele a tu madre, la que dejaste abandonada cuando la hepatitis te separó del sufrimiento de vivir, solo para buscar el maldito polvo blanco.

Rubén- Qué importa por qué me haya ido. Lo que no sabes es que la Vieja me llama todas las noches y me aparezco como ahora, envuelto en una felicidad que nunca tuve. Aprendí de mami a no estar nunca triste o derrotado. Ella no se doblega ni llora, cuando me despido para regresar a mirarme en el vaivén de las olas. En cambio tú, lánguido y flojo, como el cordón que sostiene esa bombilla que se bambolea de un lado a otro.

Nacho- Si supieras lo que estoy sintiendo, no me dirías eso. (Llama a Cuca la Gasolina para que le traiga dos cervezas.)

Rubén- Si alguien sabe de decepciones, soy yo.

Nacho- Ni me lo digas, y todo lo resolvías corriendo y saltando como un loco cuando regresabas con Lucifer quemando tus venas.

Rubén- Y tú, sabiendo de las esas falsas alegrías que me llevaron a donde estoy, regresas a rendirle culto a la botella.

Nacho- Es éste uno de los castigos que la vida me da, solo por querer con la pasión de un volcán.

(Entra Cuca la Gasolina con las cervezas. Elsy la acompaña. Las coloca sobre la mesa. Nacho agarra a Cuca por la cintura e impide que se aleje.)

Nacho-Esta lo sabe, díselo, Cuca. Dile que no puedo sacar de mi mente a esa mujer.

Cuca- ¿A quién le hablas ahora, Nacho?

Nacho- No te importa, solo quiero que digas lo mucho que la quiero y que no acepto perderla. (La hala bruscamente, Cuca se resiste, la empuja con violencia, hasta sentarla sobre la mesa. Miguelo un cliente del bar, se acerca para defender a Cuca, pero Nacho le da un empujón que lo aleja asustado.)

Nacho- (Hablando a Cuca como si fuera su ex mujer.) Ya te olvidaste que te levanté del fango y te hice mujer. Que te di todo lo que tenía, que fui el más cariñoso de todos los hombres. Pero me humillaste, coqueteando con tus pacientes, con tus amigos. Me traicionaste, escuchando y haciéndote seguir por el esloquillao ese, que camina de un lado a otro y vigila todos tus pasos.

Elsy- Se ha vuelto loco.

Rubén- Deja tranquila a esta pobre muchacha. (Cuca se levanta con dificultad y se aleja de Nacho) Tienes tan nublada la visión que no te das cuenta que no es esta pobre mujer a la que sumergiste en el caldo de una vida de maltrato. A la otra, a la verdadera, ya no la volverás a ver. Se arrancó para siempre la ponzoña de tus absurdos celos.

Nacho-La quise y aún deliro por ella.

Rubén- Mejor debes decir que la quisiste con la furia de un fognazo del infierno. La deseaste con rabia, la poseíste con violencia, la controlaste como el león controla a su presa.

Nacho- Cabrón, ¿Aprendiste a sermonear encaramao en los arrecifes o encontraste milagrosamente una nueva tabla de mandamientos en el pico de un pelícano?

Rubén- De nada te sirve ahora la ironía. El diablo ha dejado sus inmundicias en nuestras pisadas. Las tuyas y las mías. Están ahí, enredadas en nuestras sucias huellas. Ya no hay nada que hacer, solo emprender el viaje.

Nacho-(Mira a Rubén y comienza a llorar.) Es verdad fui un estúpido, pero estoy arrepentido.

Rubén- Es demasiado tarde, Nacho. Tu vida se atoró en un coraje corrosivo, en una obsesión radioactiva.

Nacho- (Cae abatido en la silla.) Mi destino es entonces hundirme en ese mundo de marullos azules, de caracoles y algas en el que pernoctas para siempre.

Rubén- A eso he venido, ya te dije lo dije. De allá jamás podrás volver.

Nacho-Mejor, quiero librarme para siempre del pus de esta llaga.

(Nacho toma el último sorbo de cerveza, se levanta con dificultad y camina junto a Rubén. Las dos prostitutas lo observan caminando en zigzag y tembloroso. De vez en cuando se detiene para llorar y pedir a Rubén que lo espere. En un cambio de luz, la escena se oscurece. Una música religiosa va llenando el momento, como fondo a un sonido de lloviznas. Una luz lunar ilumina la parte izquierda del escenario. A lo lejos, un aullido de perro solitario.)

Rubén- ¿Tienes temor?

Nacho-Un poco, estoy empapado de gotas de luna. Siento un frío extraño.

Rubén- No temas, esa lamparita verrugosa solo nos ilumina.

Nacho. Siento que mis pupilas están bañadas de una savia salina.

Rubén- Es la misma savia que sentí cuando emprendí el mismo camino.

Nacho- (Llegando al tronco se detiene) Déjame solo, por unos segundos. Necesito bañarme de perdón. Levanta sus manos e implora. Un relámpago resplandece; empieza a llover más intensamente.)

Rubén- Ése es el uvero que resguarda mi posada.

(Rubén se estremece por una ráfaga.)

Nacho- ¿Siento unas manos que quieren empujarme?

Rubén- Es una ráfaga de algas dolidas.

(Continúan caminando hasta la casa techada de ramas.

Rubén-Hemos llegado. Acércate, recuéstate aquí. (Nacho se acuesta en el camastro, ayudado por Rubén. Éste toma una luminaria, la enciende y alumbra el rostro de Nacho, quien se envuelve en las frías sábanas. Rubén acaricia los cabellos de su amigo; Nacho lo mira, Rubén le toca la frente, le da un beso y le cierra los ojos. Toma la luminaria, se acerca al público, apaga la luminaria y muy lentamente baja la intensidad de la luz hasta el oscuro total.)

Fin de la Pieza

NOVIEMBRE DE 2018

© Nota aclaratoria sobre los derechos de autor

Se prohíbe la reproducción de esta Antología por cualquier medio o medios electrónicos sin el consentimiento oficial de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. No obstante, cada autor conserva los derechos de autoría de su o sus obras aquí expuestas de manera individual.